

W. B. B.

Año VI.—Tomo VI.

Madrid, 15 Diciembre 1903.

Núm. 139.

La Revista

Blanca.

PUBLICACION QUINCENAL DE
SOCIOLOGIA, CIENCIA Y ARTE

SUMARIO

La ética y la revolución social (*conclusión*), Z. R. Walczewski.—La enseñanza en España, Vicente Gay.—El castillo maldito (*continuación*), Federico Urales.—Valor social de leyes y autoridades, (*continuación*), Pedro Dorado.—La decadencia anarquista (*conclusión*), Juan Marestán—Crónica científica, Tarrida del Mármol.

ADMINISTRACION

1, CRISTOBAL BORDIU, 1

MADRID

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGIA, CIENCIA Y ARTE

Año VI-T.° VI-N.° 132

Administración: Cristóbal Bordiu, I, Madrid

15 de Diciembre de 1909

LA ETICA Y LA REVOLUCION SOCIAL

(CONCLUSIÓN)

El comunismo, introducido en la vida, debe, pues, ante todo, abandonar todas las costumbres propias del sistema de propiedad burguesa como el préstamo á interés, la explotación del trabajo de otro (practicada á menudo en las relaciones familiares de los obreros), los pleitos seguidos á propósito de las deudas ó de herencias, y en general toda clase de operaciones pecuniarias. Todo esto es perfectamente hacedero porque la situación material de los obreros no se arruinaría con el abandono de esta clase de asuntos; falta solamente que á este respecto se forme en la clase obrera una fuerte opinión pública que obligue al individuo á obrar de cierta manera, de igual modo que se ha formado la opinión de solidaridad durante las huelgas y la opinión que condena la traición y el espionaje.

No hay, efectivamente, razón alguna para que la propaganda de partido que ha logrado grabar en los cerebros de los obreros la ética de las huelgas y una fuerte repugnancia moral á traicionar á sus compañeros en beneficio propio, no pueda formar, paralelamente, una opinión que abomine de todas las acciones privadas que entran en la categoría de la explotación, del agravio hecho á otro y de las operaciones pecuniarias que contradicen evidentemente el principio del comunismo.

La pérdida de las ventajas personales no constituiría un obstáculo, porque la solidaridad huelguista exige, á menudo también, el sacrificio del interés personal del obrero, á pesar de lo cual ha llegado á ser la regla moral de su conducta.

La introducción en la ética obrera de esta *abstención* de prácticas burguesas en la vida, dependería, antes que todo, de la influencia de la propaganda: veríase obligada á recurrir á toda la riqueza de medios artísticos é intelectuales de que dispone para desarrollar en los espíritus y en los corazones una idea determinada, denigrar y poner en ridículo las menores manifestaciones del espíritu explotador y del espíritu negociante, ponerlos en el padrón del ideal, de la causa obrera y, ante todo, desplegar todas las influencias morales, literarias y estéticas que despiertan el sentimiento de la fraternidad, el más contrario á las prácticas de la propiedad.

También se añade otro medio de propaganda, el medio posible por el cual el comunismo entraría en la vida humana: desarrollar el *socorro mutuo*, la *solidaridad en todos los aspectos posibles*.

No se sabe, en verdad, por qué la solidaridad que notamos tan distintamente en las huelgas no había de convertirse en principio universal de la vida de los obreros. Esta negligencia del *partido* no se explica sino por el hecho que hasta el presente éste tuvo en

vista principalmente de las ventajas de la organización (para los cuales la solidaridad huelguista era de gran importancia), no dando importancia á lo que constituye la revolución individual de los espíritus.

Si el socorro mutuo y esta expresión sencilla y vívida del comunismo, en lugar de limitarse á los casos de huelga, se hubiera extendido á la totalidad de la vida de las clases trabajadoras, podría crear un inmenso movimiento revolucionario de costumbres, el cual manifestaría, bajo los aspectos más diferentes, la misma idea del comunismo.

Fácilmente puede suponerse también que sería, en cierto grado, un medio de protección para el bienestar material de los obreros, contribuyendo á arraigarse todavía más profundamente en sus costumbres.

Podríanse formar *comunidades obreras* que asegurarían la protección colectiva de todos los compañeros á cada miembro en todos los casos de enfermedad, de accidente, de falta de trabajo y, en general, de todos los infortunios de la vida; que asegurarían socorro á viudas y huérfanos de obreros, ahorrándoles la humillante necesidad de aceptar la limosna burguesa; que podría, en fin, tener panaderías, cocinas económicas, etc. (como se practica con éxito por los socialistas de Bélgica), y desplegar los fondos inagotables de recreos de la vida de sociedad, acostumbrando á las gentes á respirar el aire de la amistad colectiva y verdadera.

El principio revolucionario del trabajo se relaciona con el desenvolvimiento de la técnica productiva y con la organización social de la producción. Ambas condiciones combinadas pueden limitar los esfuerzos productivos del hombre á un minimum posible, agrandando proporcionalmente sus goces. En este sentido, entendemos que la organización comunista ha de converger conscientemente, y que la emancipación del hombre del yugo del trabajo obligatorio utilitario será una de sus cargas principales, de cuyo cumplimiento dependerá todo el desarrollo ulterior de la humanidad y la potencia civilizadora del comunismo.

Si embargo, esta tendencia comprende, no solamente el cambio de condiciones físicas de la existencia humana, sino también una nueva concepción de la vida.

El rasgo más característico del alma del hombre moderno es este anhelo continuo, estos esfuerzos para asegurar su existencia económica, que en unos se traduce únicamente por el trabajo necesario para mantenerse ellos y su familia, y en otros toman la forma diferentes especulaciones tendentes al aumento de fortuna ó de defensa de la bancarrota. Bastando considerar un momento el curso de la vida cotidiana del vulgo para ver que, precisamente, donde se concentra todo el contenido de su existencia y cuanto miran como serio y obligatorio, es el móvil á que nos referimos.

La ética, con la que el cristianismo burgués ha penetrado en los cerebros humanos, menosprecia los placeres sin objeto y sin finalidad utilitaria, considerando su apetencia como inmoral; cifra, por el contrario, el trabajo y todos los esfuerzos de carácter utilitario como fin propio y esencial de la vida, y no las considera sólo como necesidad resultante de las condiciones, sino también como un deber y un mérito.

Por supuesto que sin la organización social de la producción y el comunismo de propiedad, fuera, en la vida individual del hombre, todo el contenido utilitario que la caracteriza hoy en día, este hecho traería una revolución completa en este concepto. Como el cuidado por la existencia desaparecería del hombre y el trabajo productivo se reduciría á un minimum de esfuerzos, los placeres no finales se pondrían en primer término como el contenido casi exclusivo de la existencia individual y, conforme á esto, la concepción de la vida como *deber de trabajo* tendría que ceder el puesto á una nueva

concepción de la vida, como un *problema de placeres* determinados libremente por el individualismo de cada hombre.

Contra esto protesta vivamente la moral oficial y la conciencia interior del hombre contemporáneo; no tenemos, sencillamente, el valor moral de cifrar como fin de la vida lo bello, el placer, el amor por sí mismo, por la sola delicia de gozar en común de la vida, sin referencias a una ética superior cualquiera, utilitaria ó teológica.

Nos asusta reconocer que el único goce humano puede cifrarse en lo *bello superior y absoluto*, sin necesidad de otro fundamento ni de otra marca de nobleza que, sólo cuando se produce en el alma humana, constituye la virtud y la finalidad de ésta.

Esta cobardía moral se liga estrechamente con la costumbre del trabajo y los negocios, que ha asfixiado en el hombre la necesidad del placer, sin dejar en su alma más sitio que para los placeres que procura una ventaja en la lucha por la existencia económica, haciéndola insensible á todo lo que está fuera de este fenómeno.

Efectivamente; la necesidad del placer está desarrollada muy débilmente en las clases trabajadoras; como se desprende del hecho que las huelgas espontáneas para pedir la disminución de la jornada de trabajo son relativamente raras; en la propaganda para la jornada de ocho horas ha sido preciso para aumentar la popularidad de esta consigna, relacionarla con la idea de mayores salarios, mostrando la relación económica que une el salario con la jornada normal, ó bien probar su importancia respecto á la higiene, á la salud, á la longevidad, etc. El fin mismo de conseguir horas libres, *el derecho á la pereza*, tampoco despierta más que un interés relativamente débil.

La razón es sencilla; las condiciones económicas, lo mismo que las ideas morales dominantes con ellas relacionadas, han amortiguado en el hombre *el sentido del goce de la vida*, que, fuera de la finalidad económica, alrededor de la cual giran todos sus deseos, esperanzas, esfuerzos y pensamientos, nada más queda al hombre que una pequeña y débil cantidad de necesidades, capaces de conmovérle. En este concepto, estamos por debajo del salvaje, que sabe participar de la vida de la naturaleza, y más debajo aún del antiguo griego, que se rodeaba de todas las bellezas del arte, se recreaba en juegos y diversiones y era capaz de interesarse vivamente en la dialéctica de los filósofos; tales tipos sienten tan viva la necesidad de la ociosidad, que prefieren á menudo sufrir hambre é indigencia antes que el yugo regulador del trabajo.

Así, pues, al principio revolucionario del trabajo se relaciona directamente el desenvolvimiento entre los hombres de la necesidad del goce y la extensión de los límites de sus deseos. Esto sería la emancipación de los diferentes sentidos y sentimientos ahogados y reprimidos bajo la presión del trabajo; del anhelo económico (que constituye casi siempre costumbre y no necesidad) y de la ética del cristianismo burgués. Porque no hay que olvidar que sólo tiene ó siente la necesidad del placer quien posee deseos inconciliables con el modo de vivir, sobrecargado de trabajo, y que los hombres, con el hábito de trabajo y el sentido de la libertad extenuado, no serían capaces de aprovecharse de esta posibilidad de la emancipación del trabajo que les procuraría la técnica productiva del colectivismo, así como hoy en día conceden poca importancia á la conquista de horas de descanso en las fábricas, trocándolas con frecuencia por un aumento del salario.

Por lo demás, el hecho este de despertar la necesidad de que *extendiendo el dominio de la vida* constituiría uno de los mayores factores de antagonismo enfrente de la organización actual, porque nada llevaría á los hombres á la concepción de la organización colectiva de la producción como precisamente esta necesidad de emanciparse del trabajo productivo, que no podría satisfacerse en el sistema de la producción fragmentaria y so-

metida á los intereses privados. El sentimiento de esta necesidad sería el más poderoso impulso interno que impelería al pequeño propietario rural á romper con su individualismo económico.

Veamos cómo la propaganda podría extender el dominio de la vida del obrero y arrancar su alma de la opresión del utilitarismo. Por de pronto tendría que actuar en sus ideas, para librar el *placer* de los lazos de la ética reinante, substituyéndolo por la convicción que toda tendencia de los hombres al goce común, aun cuando no tenga finalidad alguna, constituye por sí mismo una virtud, y que no hay pecado sino cuando se hace daño al prójimo. Gracias á esta convicción, el hombre se sentiría más apto moralmente para apreciar los distintos aspectos de la vida y más capaz de los varios movimientos del alma no subordinados á fórmulas preconcebidas. Luego, trataría de evocar los deseos y desarrollarlos cualitativamente; y decimos *evocar*, porque, propiamente hablando, todos estos deseos, aun aquellos que, según nuestro entender, no pertenecen hoy á pensadores y artistas, existen en germen en el alma de cada hombre en cualquier grado de civilización, sin que estén coartados en su desenvolvimiento, sino por condiciones desfavorables de la vida, si bien las manifestaciones de estas necesidades déjense á menudo observar en la estética espontánea y en la filosofía del pueblo; lo que prueba que sólo estuvieron amortiguados de una manera artificial.

Para desarrollarlos sería preciso crear focos de cultura no sólo intelectual, si que también estética; porque todo lo que desarrolla la imaginación del hombre y abre el acceso á su alma, á la psicología no final del bello sentido en todos sus aspectos, en la naturaleza, en el arte, en los juegos y en los recuerdos, todo esto posee, al mismo tiempo, el poder de desligar el espíritu de la dominación exclusiva de motivos utilitarios, abre los ojos á los diferentes estados de la vida, ensancha el dominio de aquél y despierta los deseos que han de exigir mayor número de horas de descanso y de placer, y que hasta ahora estaban adormecidas por el logro del pan de cada día. También podría ser provechoso el desenvolver la vida de sociedad entre los obreros y el organizar diferentes recreos, fiestas obreras, comidas comunes y excursiones.

En la atmósfera de libertad y emancipación de las cosas de la vida, bajo la influencia de la unión por el solo placer común, los hombres se juntan más fácilmente y hácese más accesibles á la atracción de la simpatía y de la amistad. Luego hay un lazo común entre los sentimientos de la fraternidad y el «derecho á la pereza»; á este último no se le da más lugar que en lo factible al hombre; á los ojos del moralista burgués, este derecho no debiera ser poseído sino por naturalezas privilegiadas, por su talento é inteligencia creadora, ya que éstos son los únicos que abren las puertas que conducen á los países olímpicos; mientras que, por el contrario, el principio revolucionario del trabajo quiere abrirlas á todo el mundo sin excepción, y considera al hombre más vulgar como suficientemente digno de aprovechar á su modo de todo cuanto puede dar la atmósfera de la libertad, la emancipación del alma del yugo del trabajo y de los cuidados cotidianos.

Como de la conquista del tiempo libre depende todo el desenvolvimiento de la causa socialista, porque la nueva humanidad no puede formarse normalmente y la revolución no puede madurar más que en el seno de la libertad, en consecuencia, una de las principales tareas prácticas será el avivar el deseo de libertad para el desarrollo de la necesidad de gozar de la vida en sus varias manifestaciones. Todo aumento de nuevos deseos de naturaleza moral, estéticos, sociales é intelectuales están obligados á manifestarse por la lucha por conquistar nuevas horas de descanso; cualquiera brecha abierta en el ensimismamiento del obrero, cada partícula de su alma arrancada al utilitarismo, serán otros

tantos portillos hechos á la jornada de trabajo de las clases obreras y en su adaptación moral á la organización capitalista. Las libertades conquistadas formaran el campo del desarrollo ulterior del dominio de la vida de los obreros, que les llevará mas lejos en el sentido de la lucha por el «derecho á la pereza».

3) Vamos ahora á la tercer tesis del socialismo, referente al Estado.

En el comunismo, la organización social entera se liga con la organización económica; lo que hace que el Estado político y legislador, el Estado que determina las relaciones entre los hombres, deja de existir. Con la idea del Estado se relaciona siempre la concepción de la autoridad burocrática y policial, por medio de la cual la sociedad entra en contacto con el individuo, obligándole á coordinar su vida de conformidad con el sistema de leyes vigentes.

Semejante intermediario, que en el día penetra de viva fuerza en todas las relaciones humanas, como factor que rige su coexistencia de un modo coercitivo y automático, constituye el principio del *Estadismo*, capaz de manifestarse en las organizaciones políticas, por diferentes que sean, así autocráticas como republicanas, conservando siempre el mismo atributo de la opresión policial del individuo. Este intermediario deriva y se desarrolla históricamente de las relaciones de la propiedad, á manera de regulador necesario de los antagonismos que se originan; y por esto, con la desaparición de estas relaciones en la organización comunista, puede constituir un factor social inútil. La administración de la producción, convirtiéndose en interes común de la sociedad, se aparta por esto mismo en absoluto del gobierno de los hombres, y la dirección de los asuntos de esta índole, por medio de una cualquiera representación popular, puede únicamente tener el carácter de *gobierno de las cosas*.

Así, pues, el principio político del comunismo consiste en la supresión del Estado; es decir, en la supresión completa del factor burocrático y policial de relaciones entre los individuos y la «ego-arquía» del individuo que de ella deriva. La razón económica de este principio consiste en que la producción y el consumo encontrarán sus reguladores naturales en la comunidad de intereses, separándose al propio tiempo, de un modo completo, de los intereses individuales, personales del hombre (mientras hoy día la cuestión económica está estrechamente ligada á toda la vida privada del individuo); su razón moral consiste en que conservar la restricción del Estado sería negar el cargo más esencial del comunismo, cual es el de dar al hombre la absoluta libertad individual.

Todos los movimientos políticos del socialismo presentan este carácter: la tendencia á una democratización del poder, siempre mayor, y á transportar á las masas populares todos los atributos del poder. Del período de la extensión de la representación han de pasar á la lucha por la legislación directa del pueblo; luego á la sumisión de poderes ejecutivos, á las asambleas populares; por fin, á la suplantación del poder ejecutivo por la decisión directa de los asuntos públicos en las asambleas, todo lo cual no sería posible que con la abolición del sistema de la propiedad privada y de la simplificación de relaciones entre todos los hombres, de modo que el proceso de la democratización ha de llegar en último término á la total supresión del Estado.

No obstante, los movimientos políticos no bastan para infiltrar en los cerebros humanos el principio revolucionario del «antiestadismo». Primero, porque para el hombre que actúa en cierto movimiento político, tal idea se presenta todavía de una manera sobrado abstracta; segundo, porque para las masas el estado de la lucha política no puede ser más provisional y no continua, y aun así, la lucha no puede emprenderse en todas partes; pues en los países que no tienen constitución ó que por cualquiera otra causa

permanecen en estancamiento político, la propaganda ha de limitarse á la enseñanza puramente teórica del ideal anti estadista del comunismo.

Por el contrario, hay un medio muy sencillo para que este principio penetre en la vida de las masas obreras, llegue á ser evidente y concreto y adquiera la forma de la revolución continua. Ante todo, habría de manifestarse por medio de *la negación práctica del Estado*.

La negación del Estado es la negación de todas estas necesidades sociales á las que el Estado debe su existencia; la de todas las funciones que desempeña como defensor de los derechos de propiedad, como ejecutor de la justicia y como guardián de la moral pública.

A pesar de la actitud que el Estado adopta frente á frente de las clases trabajadoras, está, sin embargo, encima de todas las clases y está también ligado á los intereses de todos, en la medida que lo están la propiedad, la justicia y la moral que representan socialmente las necesidades privadas; resulta, pues, de utilidad á los individuos de una manera real y, á pesar de la negación teórica, es admitido por todos prácticamente cuantas veces se recurre á él para protegernos contra los ladrones, para castigar al culpable, resolver una controversia por el tribunal ó poner á salvaguardia los derechos paternos y conyugales. Negar el Estado en la vida individual, admitir verdaderamente la concepción revolucionaria sería tanto como *renunciar á todas las acciones en que el Estado es necesario, y abstenerse á prestarle cualquier concurso en sus funciones*. La propaganda habría de emplear todos sus esfuerzos para descartar de las relaciones entre los obreros todo intermediario del Estado.

La realización de este hecho progresaría con el espíritu comunista y adquiriría las formas del arbitraje democrático, del arreglo por amigables componedores para los distintos asuntos y controversias, sin necesidad de reunir á los órganos de la policía y de la justicia.

Aun en los casos de conflictos con los patronos hay que adoptar, como regla de conducta, que deben resolverse únicamente por medio del *boycottage* y de la huelga, pero nunca por medio de los tribunales ó de inspectores nombrados por el gobierno. Conjuntamente con esto podría extenderse la negación revolucionaria y no conceder al Estado el papel de dispensador de la justicia y de defensor de los principios éticos, *rehusándole toda ayuda, privada ó colectiva, en caso de pesquisa ó de persecución de los culpables*. Ambas maneras de obrar habrían de ser dos concepciones fundamentales de la ética obrera; de suerte que los actos que violen este principio, como, por ejemplo, el interponer querrela ante los tribunales, deponer testimonios, entregar á los culpables, denunciarlos á la policía, etc., debrían ser tratados como causas de traición ó de ruptura de la solidaridad huelguista. De este modo, se ejercitaría á pasarse del socorro autoritario, y se llegaría á romper todos los lazos que hacen al Estado solidario de los intereses personales; sólo entonces las ideas revolucionarias antiestadistas llegarían á ser verdaderas convicciones con valor práctico, transformadas en conciencia moral. Eso sería un *boycottage* obrero del Estado, el cual tendría por consecuencia que *desaparecer como fuerza prácticamente útil*, suprimido, al menos, en la vida de las clases trabajadoras, por donde esperamos llegue algún día su definitiva desaparición.

No obstante, como los factores morales en los que se apoya el Estado están estrechamente unidos á las almas humanas en una ideología correspondiente, la transformación realizada por la propaganda debe combatir también esta ideología.

Esto se relaciona con dos concepciones primordiales: 1.ª, que el Estado es necesario

como defensor de la propiedad, en lo que el comunismo, suprimiendo la necesidad de la propiedad, reacciona suficientemente; 2.ª, que el Estado debe conservarse como medio de restricción contra los impulsos malos y perjudiciales de los individuos.

En este último considerando se apoya la moral policial, que en sus aspectos más diversos, inquieta una sola y única causa: la restricción social, la organización del poder pertrechada del derecho de oprimir al individuo en nombre del Código que éste reconoce como justo. Aquí, pues, la idea del Estado se liga íntimamente con la idea de la *restricción como medio de combatir el mal*; y no puede quitarse lo uno sin quitarse lo otro.

En estas razones tiene el estadismo sus más sólidas raíces. Nada asegura tan perfectamente la vitalidad del estadismo como esta convicción: la legislación, juntamente con el poder ejecutivo que la salvaguarda y la aplica a la vida, así como el sistema penal que con ella está ligado, constituyen por sí solos un medio inocente, que sirve únicamente para obrar contra el mal y estimular al bien. Este medio cambia completamente su valor moral y social, según el fin que persigue y la idea que le anima. De aquí que lógicamente puédase condenar al Estado burgués ó autocrático, con sólo admitir esta organización burocrática y policíaca, actuando en la democracia y en el colectivismo.

En la conciencia política, tal como la propaganda la difunde entre las masas, semejante principio aparece en forma de tendencia a *mejorar* el Estado, a darle una nueva librea social, pero no ha suprimirlo enteramente. Así, pues, en todos los casos que los gabinetes ministeriales se radicalizan, ó bien cuando el gobierno entre en pro de la política obrera, protegiendo los intereses de clase del proletariado, pueden fácilmente traer el afianzamiento de sentimientos de la ortodoxia política y del patriotismo del Estado, aun en medio de estas masas populares que van hoy día guiadas por el partido socialista.

En la concepción de la utilidad del Estado, como condición de seguridad y como obstáculo de desenvolvimiento de la criminalidad, se juntan ideas que nada tienen de común con la política, pero que influyen directamente á que los hombres se preocupen de las instituciones del Estado y de su conducta enfrente de ellos.

Aquí toca, antes que todo, la opinión que tienen de la criminalidad y del sistema penal como administración de justicia.

Despiértase en el hombre cierto respeto moral, frente á frente de los órganos de la política, en virtud del cual llega á reconocer su utilidad cuantas veces se trata de un criminal, no obran en nombre de la justicia social. Porque, de un lado, existe la convicción de que el sistema penal hace á los hombres más morales y obstaculiza la propagación de los crímenes, aumentando así la seguridad social; y de otro lado, que la justicia como principio moral pide el castigo del culpable. Un criminal no castigado indigna, no solamente al sentido del orden y de la autoridad, sino también á la conciencia del hombre convencido de la moral policial.

A todo esto, la propaganda debe oponer la teoría naturalista del crimen, demostrando que este último no es más que un producto del medio social ó bien un hecho patológico, lo cual hace que la administración de la justicia, principio moral, no pueda efectuarse, porque no hay culpable en el sentido jurídico y teológico de la palabra.

La propaganda habría de llamar la atención acerca del hecho que el sistema penal, los tribunales, las cárceles, son, propiamente hablando, una escuela de crímenes, y que no contribuyen en gran manera á la disminución del número de éstos en la sociedad.

Además, hay que hacer ver á los hombres el peligro, que deriva del hecho de acordar al Estado el poder de juzgar y de castigar; hacerles ver que el derecho y sus órganos eje-

cutores, siendo burocráticos por excelencia y basados en el formulismo y rutina generales, pueden siempre poner en la categoría de delitos actos de intenciones que ni individualmente, ni desde el punto de vista social, constituyen un crimen; los anales de los tribunales nos ofrecen muchos hechos parecidos.

Hay que hacer ver también que puede convertirse en instrumentos de opresión política, extendiendo la concepción del crimen á todo lo que está en contradicción con las reglas establecidas del orden y de la unidad social.

Y aquí damos fin á estas indicaciones generales, ya que quisimos solamente explicar el sentido en que puede desenvolverse la realización moral; y establecer como pensamiento fundamental que las ideas del socialismo han de ser para las masas populares concepciones prácticas y concretas, y que únicamente la revolución continua, viviendo en la conducta privada del hombre, echando sus raíces en su conciencia moral y en sus convicciones de todos los días, puede llegar á ser una fuerza y realizar el ideal social y humano del proletariado.

(De *L'Humanité Nouvelle*)

J.-R. Walczewski.

LA ENSEÑANZA EN ESPAÑA⁽¹⁾

I. *El florecimiento.*—II. *La decadencia.*—III. *El renacimiento.*

I

Al tramontar la Edad Media, el pueblo español acabó su formación. En él se juntaron razas llegadas de todos los rumbos de la rosa de los vientos, llevando sentimientos é ideales distintos, educados en la disciplina de libertad que impusieron los creyentes del Profeta. Lo que á todos unía en el suelo español era aquel espíritu humanitario, laborioso y liberal que se infiltró en la España muzárabe, que dió en los reinos cristianos monarcas que tutelaban el derecho de varios pueblos llamándose *Emperadores y Señores de las dos leyes, Soberanos de los hombres de dos religiones*, y en los musulmanes emires y califas que, á semejanza de los soberanos de Roma, consagraban el derecho á la vida de todas las conciencias.

Lo que fué libertad social, robusteció la vida espiritual; el pensamiento buscaba la expansión y la llama de vida interna en el español del turbante, comunicada al español de la cruz, buscó, como el fuego de las aras sagradas, un templo para sus ritos y misterios. Una imagen de las Universidades musulmanas se proyectó sobre las tierras reconquistadas y de uno á otro ámbito resonaron las voces de la cátedra española.

Los centros de cultura musulmana formados en Córdoba y Granada tuvieron su imitación en el resto de la Península. Parecía que una explosión de vida derramaba su savia fecundadora en todas partes. En la lucha se formaron los reinos y en la paz y en el estudio iba á formarse el alma nacional.

Desde 1472 hasta 1572 hubo una eflorescencia que salpicaba la tierra española de grandes escuelas, en donde el subsuelo espiritual del pueblo iba á removerse; Sigüenza primero, Zaragoza después, más tarde Avila, luego Valencia, Alcalá, Sevilla, Toledo... hasta veinte Universidades aparecieron en el transcurso de cien años. No había otro pueblo en el mundo que pudiera presentar tanto afán por el estudio y tanto apoyo para

(1) Memoria leída en el Ateneo de Madrid por el Secretario de la Sección de Ciencias Morales y Políticas, la noche del 5 del presente y actualmente objeto de discusión en aquella docta casa.

él. El archimillonario yanqui que en la actualidad dota con largueza á los establecimientos de enseñanza, como si se tratase de una obra religiosa entre los egipcios, ha tenido sus precursores en los Téllez Girón y Alvarez de Toledo, que dedicaban el oro de América á levantar Universidades en España.

El impulso estaba dado. La potente idealidad del español era excitada en la cátedra y saltaba por encima de los dogmas, apoyada por la libertad, que le permitía explayarse, y por la riqueza, que se dedicaba para nutrirlo. Para el libro extranjero no había barreras aduaneras en la España del siglo xv, y el oro de los tesoros cardenalicios se destinaba en gran parte á adquirir joyas bibliográficas y labrar, como lo demostraron Cisneros y Melchor Cervantes, los cimientos de nuevas escuelas. La mentalidad de los pensadores españoles daba pruebas de exquisita plasticidad adaptándose y mudando conforme al constante advenir de las ideas. Y como todo lo que sigue un proceso de renovación perpetua constantemente rompe moldes viejos para hacer discurrir la vida en nuevos cauces, el pensamiento español lentamente, pero con firmeza, iba derivando de las concepciones dogmáticas, concitado por la sed de análisis. Los místicos insensiblemente debelaban las fórmulas frías, las doctrinas lapidarias, para reemplazarlas por concepciones nuevas é intuitivas; de esclavos suyos se convirtieron en señores, y cuando el puritano fraile alemán lanzó su grito de rebelión contra el Pontificado romano del Renacimiento, entre los doctos españoles encontró un tornavoz, no porque éstos se enamorasen de las primitivas fuentes y prácticas cristianas, sino porque la Reforma significaba una revolución del pensamiento y hacia ella tendían los que en constante hervor mantenían su intelecto.

Los libros que de Flandes recibía Fray Luis de León caían en su pensamiento como una lluvia de oro. Las ideas nuevas en los cerebros que no han cristalizado son como las semillas que caen en un lecho de humus. Por esto, el gran místico, abierto su pensamiento hacia todos los orientes, se elevaba por encima de todos los convencionalismos admitidos y consagrados, llegando á encontrar en el voluptuoso libro del *Cantar de los cantares* algo que es misticismo y naturalidad evidenciando la unión de la sensualidad y el misticismo. De Alcalá, de Salamanca y de Zaragoza salían claros ingenios que llevaban la fama de sus cátedras por Europa, y de las Universidades menores se extendía una red de cultura por el suelo patrio. Parecía que estaba próxima á cumplirse la profecía de Cisneros cuando elevaba la Universidad de Alcalá: *Olim lutea nunc marmorea*, «ayer de barro, hoy de mármol.»

La herencia clásica greco-romana la poseíamos y cultivábamos; el pensamiento era robusto y razonados los frutos del genio español. Pero la revolución religiosa, que se iba extendiendo y consolidando por Europa, iba á atacar en España las bases seculares del poder teocrático. Y entonces, ante la perspectiva de algo más que una simple reforma, la iglesia se aprestó á la defensa, atacando el libre examen como contrario á la verdad absoluta de sus dogmas y haciendo uso, dentro de la esfera temporal, del poder absoluto de los reyes. Por esto, aquel víctima de la monopattía religiosa que se llamó Felipe II, no dudó un momento en poner todo el poder que la glosa neo-romana acumulaba en los reyes de Europa á disposición de esta labor de mutilación de la conciencia nacional.

II

El Estado español comenzó la tarea de hacer creyentes. Las mentalidades que, llevadas de propia inspiración empleaban una exégesis libre para el estudio de los libros religiosos, eran, como Fray Luis de León, perseguidos sin descanso. Entre pensar mucho y no pensar nada, se prefería esto último. «Lejos de nosotros la fatal manía de pensar»,

clamaba el rector de la Universidad de Cervera cuando se llegó á la decadencia completa. A mediados del siglo xvi el *Index* se impone como rumbo de la vida intelectual; el español no puede escapar de España para ir á estudiar á las cátedras libres del extranjero y la posesión de un libro extranjero equivale á una condena de muerte (1). Las cátedras de anatomía se suprimen en la Universidad de Salamanca, porque era esta enseñanza el último refugio en donde se habría podido conservar el espíritu de análisis, en donde la inteligencia podía librarse de esos espejismos que nos desquician del mundo real cuando nos apartamos de la disciplina de las ciencias positivas. Y para que en el mundo de las abstracciones no se desborde el pensamiento, el texto aristotélico, símbolo entonces de la suprema lógica, es tamizado, aislado, sellado por el *addenda y corrigenda* del discreto escolástico.

La literatura clásica no se libra de la transfiguración. Sus libros son profanados como aquel que encerraba los dulces y suaves ritmos horacianos, ante el cual exclama con dolor un enamorado ferviente de la tradición como Menéndez y Pelayo:

En sus hojas doquier, por vario modo,
De diez generaciones escolares,
A la censoria férula sujetas,
Vese la dura huella señalada.

Junto á esta coacción política que invadía la cátedra, vino la competencia de la enseñanza religiosa. La Universidad salmantina, circunvalada por los célebres colegios, es el símbolo que representa la agonía de la cátedra española. Frente á ella se levantaban los colegios bajo la advocación de algún santo, denunciando la enseñanza sectaria. *San Millán, Santa María de Burgos, Santa Cruz de Cañizares, de la Magdalena, San Miguel, Santa María de los Angeles...*, y otros que la devoción construía enterrando la ciencia toda en los moldes apriorísticos de la concepción religiosa.

Así se iba apagando la llama encendida en la época de libertad. El pensamiento iba esterilizándose. Parecía que una campana neumática privaba la respiración. Cuando el hálito artístico del Renacimiento llega hasta aquí, se le despoja de su sentido pagano y se le reduce á un realismo anatómico. El genio artístico de Herrera, trazando las líneas muertas del Escorial, apartando las alegres floraciones greco-romanas de los palacios que construía, simboliza la inmensa pesadumbre del alma española, potente y libre en la Edad Media y anémica y esclavizada en el siglo xvi, mientras en el centro de Europa vibraba libre el pensamiento.

De las antiguas Universidades, en donde se formaba la juventud española, aleccionada por maestros como Valdés, no saltan más que algunos doctores, maestros sólo en los juegos malabares de la escolástica, los que excitaban la indignación del sustancioso Luis Vives. Como lo principal era la fe y lo secundario el estudio, la cátedra era profanada por aquellos maestros que menciona Lope de Vega, que, hablando vascuence, hacían creer que eran consumados helenistas. Un desenfrenado bizantinismo presidía todos los actos. Al llegar á España en 1750 un culto italiano (2), el Padre Norberto Caimo, en vano buscó un centro de enseñanza en donde sonasen los nombres de Newton y Descartes pero oía torrentes de argumentación silogística, veía mentalidades retorcidas en vanas abstracciones y exámenes de grados en los que el tema era si Nuestra Señora de Raíces estaba ó no enraizada en el corazón de todos los hombres. ¡Y esto en la patria de Averroes y de Vives!

(1) Edicto de 1558.

(2) *Lettre d'un Vagueliano ad un suo amico*, Milano 1759-1767.

El pensamiento español devino un caso psicológico. Apartado de nuevas orientaciones científicas, ahorrado en el campo de lo religioso sectario, y mutilado constantemente por la máquina de selección regresiva que se llamaba Santo Oficio, ante el cual el mismo Quevedo aconsejaba un silencio de tumba, el pensamiento dejó de ser multiforme y devino monoideísta. Como no tenía más válvula de escape que el arte, en él se refugió, aterrados algunos por lo peligroso de la filosofía é impotentes otros para seguirla. Y el arte nos ha dejado elocuentes muestras de lo que fué la época de los tormentos para España.

Comparad algunos artistas extranjeros con los nuestros, aun aquellos que vivieron envueltos por hábito monacal ó bajo la Roma de los Papas; en ellos no hay nada tétrico, y resplandece la alegría de vivir. En los cuadros de Cimabue, Giotto y Fra Angélico descuellan vírgenes de elevado y dulce misticismo; Ghirlandajo y Andrea del Sarto no les comunican expresión melancólica; la sonrisa es encantadora en las vírgenes de Vinci, Rafael y Luino, y llegan á adquirir coquetona expresión en los lienzos del Corregio; y junto á estos temas religiosos el tema profano se libra de toda expresión pesimista y parecen reflejar la risa de Grecia en aquellas explosiones de alegría y de fuerza con que se muestran los opulentos caballeros del Renacimiento.

Las vírgenes pintadas por los artistas españoles no sonríen: tienen la rigidez bizantina ó la expresión severa de la iconografía oriental, trasunto de un pueblo triste y atormentado. Aquel Morales que llamaron el *divino*, habría que llamarle el *terrible*, si se deduce el nombre de sus vírgenes, serias como figuras tombales, escualidas y sin esa complacencia que trae consigo la maternidad; Ribera les da aspecto monacal, y Murillo de místicos espasmos; las de Cano, Menéndez y Palomino tienen expresión penante ó fría. Y es que la divinidad sombría y trágica estaba más cerca de los españoles, porque su conciencia religiosa fué forjada á sangre y fuego. ¡Siempre la misma nota! Nuestra inspiración fué lira de una sola cuerda; detrás de los pinceles se ve á un alma que llora. Y luego, en los temas profanos, descuellan siempre los nobles enlutados, las figuras adustas que rememoran el aspecto hierático de las obras de esos pueblos que, como el egipcio, constantemente pensaban en la muerte; y junto á estos símbolos del alma española, fijados en los lienzos del Greco, de Pantoja, de Coello... se eleva majestuoso el otro símbolo, la figura del poder teocrático triunfante, agobiado por los mantos de oro y pedrería que, como en el *Entierro* del Greco, lanzan como notas de alegría rayos de luz irisada sobre una ringlera de nobles que presentan negrura en el traje, negrura en los sentimientos, entre llamas de cárdeno resplandor como luces de un columbario.

La pintura, que es el espejo de los tonos del sentimiento, nos transmite el testimonio de esa enfermedad moral que hizo presa en el pueblo español y que desde entonces acá ha venido dándonos el testimonio vivo, en los lienzos de Velázquez y de Goya, de nuestra decadencia, en aquellas monarquías enfermas con sus cortes macabras de bufones, enanos y chisperos.

Aprisionada así la vida, cegados los centros en donde se plantan los renuevos intelectuales, el pensamiento español se movió dentro del automatismo religioso, discurriendo en la estrecha esfera de las prácticas litúrgicas, es decir, de lo puramente formal y externo. Porque hay que tener presente que no consiguieron los directores de la sociedad española en las épocas á que me refiero hacer en fuerza de persecuciones más que una profesión de fe grosera porque desapareció la personalidad, la libertad en las conciencias. La mayor parte de los místicos es verdad que sobrepujaban los límites prohibidos por la ortodoxia; pero es que eran pensamientos robustos y merced á ellos su sentimiento reli-

gioso adquiría la forma pura de la idealidad, que es la manifestación más elevada de la religión. A presión de Estado hecha la propaganda religiosa, no pudo dar más que un pueblo que comprende á ras de tierra las creencias: en los campos impera en gran parte el animismo, y la ansiada idealidad apenas tiene un refugio en las conciencias.

Pero si no se logró hacer un pueblo religioso, sino un pueblo de autómatas, que rara vez ha sentido la caridad, cuyo espíritu es la misericordia y el perdón, y que aún en la actualidad niega en gran parte de la Península el agua y el fuego para quien no sigue su ruta gregaria, se ha conseguido hacer un pueblo de tristes que apenas piensa en la vida, despreciando el bien terreno y con la idea fija de la muerte. De los judíos y de los árabes nos quedó, no sus virtudes económicas, sino el espíritu de persecución y el fatalismo. Por esto, cuando se intentaba operar sobre la naturaleza, desviando ó encauzando algún río, se pensaba, no en el problema industrial, sino en el teológico, afirmando que si la Providencia hubiese querido, ya hubiera seguido el río el curso más conveniente.

Y así hemos llegado á la época actual, pasando de una era de florecimiento á la decadencia, por haber desaparecido las dos condiciones que forman el sustentáculo de la vida intelectual: *la libertad de la cátedra y el medio económico para su desenvolvimiento.*

No creáis que es afirmación hiperbólica: el porvenir está cerrado para España. La juventud no existe, porque poco importa que haya sangre nueva si en ella sólo flotan ideas viejas. En vano buscaréis un latido de vida pujante en la juventud escolar. Los estudiantes que describe Cervantes, siempre alegres «como si todo el año fuese para ellos una dulce primavera» (1), los mozos de buen humor, como *Estebanillo González*, y otros tipos que gallardamente se destacan en nuestra inmortal novela picaresca, quedan en la historia y no aparecen ahora más que como epilépticos que se rebelan en la Universidad ó como tristes postulantes de Carnaval. La tradición ha sido rota... No así ha sucedido en aquellas Universidades del Norte europeo, en donde ha reinado la libertad, en cuyas cátedras se han sentado los que aquí se llaman heresiarcas y allí manteniendo los pensamientos en renovación constante han engendrado una perpetua primavera, enlazando el viejo canto de los estudiantes medievales, el celebrado *Gaudeamus igitur*, con el nuevo canto, explosión de fuerza y de alegría, en el cual el vigoroso alemán pide ser Papa y pide ser Sultán (2).

Se ha llegado á un estado de enfermedad para el sentimiento y de enfermedad para el pensamiento, que cristalizado en ideas viejas, merced á la dirección unilateral que se ha impuesto á su marcha, parece haber perdido su antigua plasticidad. En la psicología colectiva del pueblo español se ve claramente el predominio de los elementos tradicionales, que siguen imperando ante la concurrencia de las fuerzas progresivas. Quisieron ser piadosos los absolutistas de la secta, y en vez de dar santos, dieron casos de atavismo mental. La ley psicológica se ha cumplido: el uso desarrolló el órgano y la función mental; el desuso las ha paralizado. La voluntad ha seguido rodando también por el mismo plano inclinado. Y así se ha llegado al estado de cultura actual, por ser sectarios de la enseñanza, por ser avaros en su dotación.

Ocupamos los últimos grados de la escala de analfabetos en Europa. Dinamarca, Suiza y Suecia, no llegan al 1 por 100; Noruega, Alemania, Escocia, Holanda, Inglaterra y Francia, les corresponde en la distribución estadística desde el 1 hasta el 3,50 por 100. España da un contingente de 67 por 100. Este índice que da á conocer el estado de la

(1) *La ilustre Fregona.*

(2)

¡Drum Maedchen, gieb mir einen kuss
Jetzt bin ich der Herr Sultanus,
Drum liebe Brueder schecket ein,
Bald, Papst, bald Sultan moecht ich sein!

instrucción primaria queda perfectamente comprendido si se compara la retribución de los maestros, entre cuyos sueldos se encuentran cantidades inferiores á 100 pesetas anuales. Servia, el país de las oligarquías sangrientas, está por encima de nosotros: el sueldo mínimo de sus maestros es de 1.000 pesetas. Y si de esta capa inferior de cultura se llega á la superior, nos encontramos con el tipo de Institutos y Universidades más extraños que hayan podido verse. El método experimental no se emplea; es un chaparrón de ideas, de conceptos abstractos los que recibe el estudiante allí. Los conocimientos entran por los oídos y no por los ojos y las manos. He cursado la asignatura de Agricultura y no me enseñaron á analizar un terreno ni hacer un injerto. Todo en forma de recuerdo se hacinaba en la memoria: lenguas clásicas, cronicones en vez de Historia, literatura suministrada á pequeñas dosis por catedráticos dormidos en los clásicos españoles... Y en la Universidad eran abogados absorbidos por las tareas del bufete los que iban á la cátedra misérrimamente retribuida á dar recitados, sin que la buena voluntad de muchos de ellos pudiera dar fruto, cohibida por la falta de medios económicos. El partero de almas de la concepción socrática no es posible así.

La *schulfrage*, la cuertién de la escuela de que hablan los alemanes, en ninguna parte como aquí tiene tanta aplicación. El estudiante sigue el camino de lo libresco y recurre al procedimiento del *chaufrage*, de la preparación artificial, para obtener el título, y discurre el menor tiempo posible por los corredores coventuales de la Universidad, en donde entra con pena y sale con gozo.

¿Qué ciencia, qué pensador, qué progreso puede producir esta escuela que se abre en las primeras letras y acaba en la Universidad? Juventud que sale así preparada, huérfana de esa alma moderna que une el pensamiento científico y libre á la acción, la idea al hecho, camina á ciegas por el tortuoso camino de la vida y cae ó se detiene ante el primer obstáculo, débil para librar el combate en que se desenvuelve la existencia. La realidad de la que ha sido divorciada en fuerza de abstracciones, no alcanza á ser interpretada por las vacías enseñanzas de esta escuela.

Por esto, debilitada, temerosa en su completa desorientación en la vida moderna, busca el amparo del Estado, el puesto burocrático retribuido que acaba de sacrificar el último resto de la personalidad.

A través de este proceso se dibuja claramente una acción que tiende á anular el propio criterio, que es la fuerza mental que ha de funcionar cuando la memoria no da la fórmula para el conflicto presente.

La raza más fuerte del mundo es aquella que, como los anglo-sajones, comienzan á desarrollar el sentido de lo real y de lo práctico, de la manera que aparece en la filosofía de los cuadros de Roussiers (1) y en los cuadros de filosofía de Demolin (2).

El alma del comercio es el peligro, ha dicho un economista psicólogo. El enfermo de la voluntad, el absílico, no da cima á grandes empresas. Por esto el capital inglés sigue las rutas más aventuradas del intercambio, deja el regalado hogar inglés y llega á las zonas bárbaras de los países nuevos. El nuestro apenas es cosmopolita: se parece á esas barcas pescadoras que apenas pierden de vista la costa, hacen la señal de la cruz y vuelven velas buscando el amparo del puerto patrio.

El anglo-sajón, cuya educación recientemente ha descrito Horacio Mann demostrando cómo la escuela instructiva y educativa puede cerrar los presidios, educa á las generaciones, dándoles un temple fortísimo y encauzándoles en un sentimiento de armonía social

(1) *La vida en la América del Norte.*

(2) *A quoi tient la supériorité des anglo-saxons.*

con la vida de las simbólicas repúblicas escolares, comenzando por desarrollar el ejercicio de los sentidos, procurando el equilibrio somático, base del moral.

Ante este cuadro, por todos reconocido y por todos lamentado, se pide que la acción del Estado produzca el renacimiento de la enseñanza en España. Pero esto no es posible mientras continúe el estado morbozo de la economía del Estado, cuyas fuerzas se distribuyen irregularmente como en los organismos desequilibrados, y mientras su política no se oriente en el sentido que traza el derecho público moderno. Hay, pues, que resolver el mal económico y un mal moral.

El mal económico.—El elemento militar y el eclesiástico absorben la mayor parte de la economía del Estado español. El presupuesto de 1.000 millones es empleado en esta forma: 500 para el pago de la Deuda y 432 para los departamentos ministeriales; de esta cifra, el 62 por 100 se invierte en sacerdotes y militares, y el resto para los demás departamentos.

Deduciendo el promedio del último quinquenio, resulta que el anual para Guerra, Marina y Obligaciones eclesiásticas, es de 270 millones, y para Instrucción pública, Agricultura, Industria, Comercio, Obras públicas, Justicia, Hacienda, Gobernación y Estado, 163,69.

La sangre del organismo del Estado español fluye sin cesar hacia unos miembros, dejando otros sin el riego vivificador. El gasto improductivo lo absorbe casi todo y el reproductivo apenas se hace: así la limosna que se hace al Ministerio de Instrucción pública semeja á esas gotas que una nube de verano deja caer sobre las sedientas llanuras de la Mancha.

Cierto es que los gastos militares son, por regla general, más crecidos en todas partes, pero en ninguna existe la desproporción, comparados con los de la enseñanza, que tiene España. Inglaterra, Francia, y Alemania, Estados imperialistas, presentan la siguiente proporción respectivamente: en Deuda, Ejército y Marina, gastan el 73, el 63 y el 48 por 100. España excede á la primera en el 7 por 100; á la segunda, en el 17, y á la tercera, en el 32. Comparado el presupuesto francés con el español, resulta que en gastos militares invierte cuatro veces más que nosotros; pero en Instrucción pública invierte una cantidad once veces mayor.

De todo esto resulta que para establecer el equilibrio entre lo militar y lo docente aquí, habría de aumentarse el presupuesto de Instrucción á 160 millones de pesetas.

Pero en el estado actual, España, seco el cerebro, parece un microcéfalo empuñando un fusil.

No se pide que el Estado renuncie al sagrado ministerio de la defensa nacional; pero sí que evite el funesto desequilibrio en la economía oficial.

Alguien rememora nuestra última derrota como para pedir una acentuación militarista. No, no es más fuerte un hombre con un fusil que con una idea, y tanto más hoy época en que aparece una moral internacional que sólo excluye de la comunidad civilizada á los pueblos bárbaros, pero no á los pequeños y cultos:

Peligra en el orden internacional la China con sus 400 millones de vasallos, pero no la culta y laboriosa Holanda, Estado microscópico comparado con el primero.

No nos vencieron los *soldados* yanquis, sino los *hombres* de Norte-América. Comparad los presupuestos de la derrota en España con los que á la sazón imperaban en los Estados Unidos:

ESPAÑA

Guerra y Marina, 173 millones.
Instrucción pública, 13 millones.

ESTADOS UNIDOS

Ejército y flota, 417.500.000.
Instrucción, 922.250.000.

Y luego, á semejanza de los alemanes, que después de pasarse triunfantes sobre Francia levantarán la Universidad de Strasburgo, han sellado los hombres de Norte América su triunfo, dedicando á instrucción *primaria* en Puerto Rico 2,50 millones; y la isla de Cuba ofreciendo un presupuesto para instrucción primaria de 17,50 millones de pesetas oro.

Mientras que aquí, obsesionados, no se han analizado las causas del desastre, y á diferencia de la nueva orientación de las Antillas, hemos seguido por sendas viejas dedicando en los presupuestos del último quinquenio para Fomento en su totalidad 440,07 millones y para Ejército y Marina 1.141,81, ó sean, 700,74 millones más. De suerte que el promedio anual para gastos improductivos ha sido de 228,37 millones y para los reproductivos 88 millones.

He aquí la moral de la derrota.

En cuanto á obligaciones eclesiásticas, basta decir lo injusto de su fundamento, recordando que la Iglesia cobra del Estado y del creyente, ó lo que es lo mismo, del creyente dos veces, una por la vía del presupuesto y otra por la administración de los sacramentos.

El mal moral.—A través de tantos años de decadencia aún está en pleito la cuestión del libre examen, que no otra cosa es la llamada *cuestión de la libertad de enseñanza ó enseñanza por órdenes religiosas*.

La cuestión de la libertad de enseñanza no ha de tratarse confundiendo la esfera teórica con la real.

En teoría todo el mundo tiene derecho á enseñar, siempre que demuestre poseer dos condiciones: cultura y aptitud pedagógica. Si aplicamos el principio á España, vemos, pues, que el Estado puede y debe restringir la facultad de enseñar á los que tales condiciones no reúnan, y en este sentido están comprendidos clérigos y seglares. Pero hay otra cuestión más trascendental: aun reuniendo condiciones de cultura y pedagógicas las órdenes religiosas, la sociedad española está perdida si se proclama el principio absoluto de libertad de enseñanza, porque, aunque parezca paradójica, es cierto que *la libertad de enseñanza practicada hoy en España envuelve la muerte del libre examen*. Estas asociaciones tienen un poder inmenso.

Dice Sergi que hoy, lo mismo que en los tiempos del Dante, se podría repetir la estrofa del inmortal poeta florentino:

...y las cogullas
Son sacos llenos de maldita harina.

En el orden de la concurrencia económica triunfa el más fuerte, y en esta ocasión la fuerza de parte de esas órdenes está.

Contemplad las ciudades españolas desde lo alto de alguna torre y veréis su área absorbida por edificios religiosos, que se convierten en centros de enseñanza.

Ellas monopolizarían la enseñanza, y entonces bien podría decirse que el horizonte

intelectual se cerraba para España, porque su enseñanza rehuye el campo integral de la razón, es sectaria. Norte de su pensamiento es el *Index librorum prohibitorum*, que espugnando libros, y más libros limita el campo del pensamiento y agosta en flor las energías morales. Acordáos cómo murió la escuela en España á manos de aquellos fanáticos que desterraban de sus cátedras á Newton y Descartes.

El pensamiento para vivir necesita mudar, y no muere quien piensa mucho, sino el que se detiene en el camino de la evolución universal. Encerrad el agua en vasos transparentes, en un *millefiori* veneciano, y á poco que la guardéis se corromperá; pero dejadla correr entre hierbas y rocas; aunque atraviere lechos pantanosos, nuevas arenas filtrarán sus glóbulos y en el torrente volverá á aparecer aireada y pura, viva y engendrando nueva vida. La detención es muerte, y esta detención, que consiste en la enseñanza religiosa en adormecer el pensamiento en un círculo infranqueable, es un atentado á la vida moral. En España la enseñanza religiosa equivale, además, á una conspiración contra las públicas libertades; después de dominar en el campo social trasciende á la esfera política como fin necesario de su proceso.

III

El derecho público no es más que un reflejo de la conciencia social, un resumen del idearium predominante en una colectividad, y esta conciencia social ó colectiva no es más que la reunión de conciencias individuales formadas en la escuela; dejáos arrebatar la escuela y ya podéis despediros de la libertad, que la habrá, sí, pero como ficción, como una de tantas mentiras convencionales.

La enseñanza ha de ser racional, integral. No basta ya la cultura que los ingleses llaman de las tres *erres*, *to read, to write, to release*, contar, escribir y leer, no es suficiente. Ha de haber una verdadera difusión que envíe sus rayos hasta los hondones de las bajas capas sociales, que también en ellas, como en las rocosas entrañas de los montes, hay venas auríferas que, pulidas, pueden recoger y reflejar los rayos, luz y juegos de armonía. La ciencia debe penetrar hasta allí, libre de la censoria férula que recuerda un claro ingenio español, y después el arte, con su poder sugestionador, será comprendido intuitivamente por todos, y en sus alas irá la ciencia, levantando por donde pase un pueblo que recuerde á aquellos atenienses; superior, como afirma Galton, al de las ciudades industriales modernas, el que sabía sentir las finezas de Aristófanes.

En el Norte de Europa se va dibujando un pueblo así educado. Allí la cultura no es riqueza de castas. Como describe Jules Destrée, los que piden la justicia social en Alemania, en las veladas, después de leer á Darwin, ó comentar á Goethe y escuchar, comprendiéndole, á Beethoven, no vacilan en bailar alegremente y beber un vaso de cerveza brindando por el progreso. ¡Cristiania, Helsingfors, Stokolmo, ciudades del nuevo mundo moral que albergan un pueblo sin miseria y con inteligencia, cuyos obreros saben manejar entre sus manos callosas, limpias de todo crimen, las hojas del libro áureo, en donde eternamente se refleja la luz del genio!...

¿Cómo renacer? Dando dos condiciones á la enseñanza: 1.ª, base económica; 2.ª, laicismo absoluto.

Y para conseguir esto último, precisará apartar la burocracia docente del influjo político, convirtiendo el Ministerio de Instrucción pública en centro técnico, dejando sólo como botín de los oligarcas el puesto de ministro; pero limitando su acción de tal suerte, que sin la conformidad del Consejo técnico no pueda producir esas reformas que, como

sucede en la segunda enseñanza, han producido la anarquía, haciendo imperar á la vez cinco planes distintos.

¿Cómo realizar esto? Haciendo opinión y enseñando con el ejemplo. Encendiendo la llama apostólica en los pechos, acudiendo al libro de propaganda, a la tribuna, al mitin y entonces los poderes directores seguirán esa corriente de un pueblo que desea vivir en la nueva existencia de la cultura, de la paz y del trabajo, siendo amo y señor de su propio pensamiento.

La divisa ha de ser la cuestión de la enseñanza que constiruye la plataforma de los políticos norteamericanos los que tienen como mágica la frase favorita *the making of citizens*: hagamos nosotros también ciudadanos.

Vicente Gay.

EL CASTILLO MALDITO

CALLÍS

Sí, soy su cómplice; tenéis razón.

VERDUGO 1.º

Y además, tú eres el que colocó el petardo en el Fomento del Trabajo el año 87.

CALLÍS

Sí; yo soy el que puso el petardo en el Fomento.

VERDUGO 1.º

¡Ves, hombre! Si hubieses dicho la verdad desde un principio te hubieras ahorrado estos malos pasos (á Verdugo 3.º). Trae la mesa, papel y tinta. (Verdugo 3.º obedece; mientras los verdugos que quedan en escena desatan á Callís y le quitan las esposas; entra el Verdugo 3.º con lo que se ha pedido, que coloca en medio del calabozo. Verdugo 3.º moja la pluma y se la da á Callís; en este momento aparece Portas en la puerta del calabozo sonriendo diabólicamente; Callís firma donde Verdugo 1.º le señala con el dedo, y después se van todos muy alegres, con alegría infernal, llevándose la mesa y el recado de escribir.)

ESCENA X

Los mismos y Portas.

PORTAS

(al pasar los otros verdugos por delante de él).
Ahora al cero, que esto marcha bien.

(Desaparecen todos cerrando la puerta. Ca-

llís, al hallarse solo, les amenaza con el puño; después se tira al suelo boca abajo y rompe á llorar. Suñé gime y da vueltas con su cuerpo en el suelo; Más continúa trotando.)

ESCENA XI

Verdugos 1.º, 2.º, 3.º y 4.º (en el cero).

VERDUGO 1.º

(entrando) ¡Alto el fuego!

MÁS

(parándose). ¿Qué queráis de mí?

VERDUGO 3.º

¡Otro inocente!

VERDUGO 1.º

¿De manera que de nada ha servido lo que hemos hecho hasta ahora?

MÁS

¡Pero si nada sé de lo que me preguntáis!

VERDUGO 1.º

Eres gran amigo de Aschery, y puesto que Aschery puso la bomba, tú debes conocer á sus cómplices.

MÁS

Repito que nade sé; preguntadme si soy anarquista y contestaré que sí.

VERDUGO 1.º

Pues ahora lo vas á saber todo (á los de-

más verdugos). Sujetadlo. (*Lo sujetan; Verdugo 1.º le coloca el casco y aprieta, aprieta el tornillo; Más menea la cabeza en todas direcciones produciendo roncós sonidos; se agita nerviosamente; los Verdugos que lo sujetan no pueden evitar que los arrastren consigo de un lado á otro.*)

VERDUGOS 2.º Y 3.º

(*sujetándolo*). ¡Declara, hombre, declara!

VERDUGO 1.º

¿Declaras?

VERDUGO 2.º

Creo que dice que sí.

VERDUGO 3.º

No se le entiende.

VERDUGO 2.º

¿Cómo que no puede hablar!

VERDUGO 3.º

Me parece que tiene bastante.

VERDUGO 1.º

Vamos á verlo (*aflojando el tornillo*). Se ha desvanecido; sujetadlo, que va á caer.

MÁS

(*no cesa de articular palabras que no se entiende y de agitarse convulsivamente*).

VERDUGO 1.º

Bueno; ahora te quitaremos este casco que parece hecho para un soldado romano.

MÁS

(*cast que puede hablar, con voz entre carnosa y estridente, que atormenta el oído por lo inarmónica é ingrata*). Os he visto, demonios; ibais vestidos de rojo; Jesucristo les seguía con el látigo en la mano (*continúa hablando incoherentemente*).

VERDUGO 1.º

¿Qué dirá ese chico?

VERDUGO 2.º

¡Se ha vuelto loco!

VERDUGO 4.º

(*fuerte y con espanto*). ¡Loco!

MÁS

(*que no habrá cesado de agitarse y de pro-*

nunciar palabras). ¡Castillo encantado! Huid de mí, fantasmas.

(*los verdugos retroceden espantados hacia la puerta, mientras cae el telón de ese cuadro*).

CUADRO CUARTO

Decoración.

ESCENA XII

Representa la carretera de Montjuich á las dos de la madrugada del 28 de Agosto de 1897, más allá de los últimos hoteles y merenderos. La noche ha sido calurosa y serena. Al principio nadie en la escena que estará casi á oscuras. Se oye el murmullo de la mar cercana, el canto de las ranas de los estanques vecinos y de los gallos de las mastas próximas. También han de oirse ladridos de perro. Así unos segundos. De la derecha salen primero sombras de dos en dos; algunas se internan en el campo, miran, escudriñan y vuelven á la carretera para continuar subiendo y desaparecer en lo alto. Después murmullos como de muchedumbre que se acerca, más sombras y luego guardia civil seguida de una cuerda de presos que no bajará de cuarenta. A ambos lados de los presos y detrás guardia civil también, y por último, grupos de gente silenciosa y desconfiada. La comitiva sube la cuesta como un vendaval, murmurando y rugiendo; los murmullos se alejan, las pisadas se oyen más confusamente, la cuerda de presos desaparece en lo alto después de haber cruzado dos ó tres veces la escena en diferentes alturas. Silencio otra vez; sólo se oye el murmullo del mar, el canto de gallos y ranas y ladridos de perros; luego sombras de nuevo y se repite la escena anterior con otra cuerda de presos cayendo el telón pausadamente mientras la comitiva desaparece en lo alto de la montaña y en la obscuridad de la noche.

CUADRO QUINTO

Decoración.

Representa la habitación del Fuez, pero no verticalmente como antes, sino horizontalmente. La pared exterior del despacho colocada en la mitad de la escena, dividida en dos mitades con tal motivo. De la pared á los bastidores

de la derecha el despacho, y de la pared a los bastidores de la izquierda una hilera de pórticos, los de la Plaza de Armas de la parte que corresponde á las habitaciones de aquel lado. Más allá de los pórticos, perdiéndose entre los bastidores de la izquierda, se extiende la Plaza de Armas. La escena está á oscuras, sólo se ven faroles que alumbran poco en algún punto de la Plaza, la que cruzan continuamente como sombras, gente armada. En el fondo de la habitación una puerta con vidrieras y cortinas rojas. En el suelo un farol grande de mano. La parte de la habitación en que está colocada la mesa, queda metida en los bastidores de la derecha; la mesa, sin embargo, se ve algo.

ESCENA XIII

Nogués, Molas, Aschery, Juez, Portas,
Más (cabo) y siete verdugos,

(los tres atormentados están como aturridos, llevan vendada la cara, andan encorvados y vacilantes; causan espanto é inspiran compasión.)

JUEZ

(señalando á Nogués y á Molas). Estos dos aquí (indicando el cuarto con vidrieras) con dos más de vosotros... (dando un pliego de papel de barba á un verdugo y en voz baja) Aquí están los nombres de todos; ya sabéis... (el verdugo hace un movimiento de diligencia que significa «enterado, descuide usted»; después este verdugo y otro empujan hacia el cuarto indicado á Nogués y á Molas, que se dejan llevar maquinalmente).

PORTAS

(antes de que aquéllos desaparezcan). Cuidado con lo que se hace, que en los subterráneos hay aún calabozos desocupados. Se trata de elegir á vuestros cómplices, que asistan á las reuniones del Centro de Carreteros...

JUEZ

Están bien amaestrados; además nuestros excelentes auxiliares saben bien su obligación... Ahora éste (señalando á Aschery) que se ponga detrás de la puerta para que al salir le vean todos y lo vean de frente (al oído de

Portas). Como saben que era confidente de la policía desconfiarán al verle y creerán que él es quien los ha denunciado.

PORTAS

Excelente (un verdugo coloca á Aschery detrás de la puerta de entrada y lo hace acurrucar allí).

JUEZ

La función se verifica tras cortina y ellos creerán que se representa aquí... Me parece (mirando hacia fuera) que la primera cuerda entra en la Plaza.

PORTAS

(mirando hacia el lado derecho). Si, ya está aquí.

JUEZ

(á un verdugo). Bueno, pues; con la misma lista que lleva el jefe de la fuerza, los va usted nombrando y que entren de uno á uno (á Portas) Usted ya sabe lo demás.

ESCENA XIV

Los mismos y la cuerda de presos
con Bull.

Por el lado de los pórticos se acerca una masa de gente, entre la que se ve el relucir de las armas; componen este grupo una cuerda de presos y la guardia civil que los custodia; el público no ve más que sombras y no oye otro ruido que el que producen las culatas de los fusiles al chocar con el suelo y el murmullo del hablar quedo de los presos; un verdugo de los de la escena coge el farol del suelo, otro sale á recibir á la comitiva, y, al encontrarla, toma del jefe de la fuerza un pliego de papel que mira arrimado al farol de la Plaza que está más cerca del despacho del juez; la comitiva se para enfrente de la puerta de dicho despacho.

ESCENA XV

Juez, Portas, Más, Botas, Verdugos
y Bull.

VERDUGO 1.º

(desde fuera). Vayan entrando los presos por el orden en que yo les llame.

(Juez se sienta cerca de la mesa; Más hace lo mismo y se pone en actitud de escribir; Portas se oculta en la sombra).

JUEZ
(fuerte para que le oigan desde fuera). Puede empezar la vista.

VERDUGO 1.º
(desde el pórtico y fuerte). Ramón Rull.

RULL
(entra en el despacho un preso como de cincuenta y cuatro años). Buenas noches.

BOTAS
(cogiendo bruscamente á Rull por los brazos con ademanes terroríficos y acento tabernario como para asustarle. ¿Cómo te llamas?

RULL
(con serenidad). Ramón Rull.
(El esbirro del farol alumbraba la cara de otro verdugo, situado en medio de la escena, que la pondrá terrorífica).

BOTAS
(sacudiendo á Rull). Más fuerte.

RULL
(inalterable). Ramón Rull.

BOTAS
(con ademanes trágicos). ¿Conoces á ese? (señalando la cara alumbrada por el verdugo de farol.)

RULL
(sereno siempre). No, señor.

BOTAS
¿Cómo que no!; él dice que te conoce á ti.

RULL
(casi con flemma). Puede que diga la verdad, pero yo no le conozco á él.

BOTAS
Puedes retirarte.

RULL
(tono burlón). Ustedes lo pasen bien, (y se retira por donde ha entrado, notando la presencia de Aschery que está acurrucado detrás de la puerta).

VERDUGO 1.º
Tomás Casals.
(Se adelanta otro preso, al penetrar en el despacho se apodera de él, también por sorpresa, Botas, mientras cae el telón rápidamente.

FIN DEL ACTO QUINTO

VALOR SOCIAL DE LEYES Y AUTORIDADES

(CONTINUACIÓN)

Indicaciones sobre la vida social primitiva.

11. **La lucha en la humanidad primitiva.**—Los pueblos primitivos, cuya vida y estado social se va reconstruyendo con tanto trabajo, merced á las investigaciones prehistóricas y arqueológicas, á los estudios comparativos de etnología y jurisprudencia etnológica, y merced á muchas hipótesis é inferencias apoyadas en los datos que suministrarán las disciplinas que se acaba de mencionar y algunas otras (1), hubieron de vivir sin leyes escritas, como aquellas que nosotros conocemos, acatamos y cumplimos, y sin una organización complicada de autoridades que, en nombre de la colectividad, pusieran coto á los desmanes de los particulares individuos, y á las violencias y represalias de unos

(1) Como ejemplo de esta reconstrucción, podemos citar los trabajos que entre nosotros vienen haciendo, tocante á la población primitiva de España, algunos de nuestros eruditos é historiadores (Costa, Hinojosa, etc.) Ayuda los en parte por extranjeros. De la mayoría de ellos hace un excelente resumen el Sr. Pérez Puig, al trazar el cuadro de la vida social de la España pre romana (que también llama, como otros, y. gr. el Sr. Hinojosa, *Spain Pre-Roman*) en el tomo primero de su obra póstuma, *Historia de las instituciones sociales de la España goda*, Madrid, 1896.—Y por lo que respecta á la reconstrucción de la civilización primitiva en general, sirvan de tipo los libros de Lubbock, *Orígenes de la civilización*, Tylor, *Civilización primitiva*, y algún otro, los cuales, sin embargo, apoyan sus inducciones en pocos datos y de menos valores que los anteriores.

contra otros. Haciendo una vida muy semejante á la de los animales (á los que se hallaban bastante próximos, biológica, psicológica y socialmente, si así puede decirse), se concretaban, como éstos, á emplear todo su tiempo y sus fuerzas en la busca de los medios de alimentación, que tomaban directamente á la naturaleza ó disputaban á otros individuos que se hubieran apoderado de ellos. La única actividad que entonces se ejercitaba, ó mejor será decir la preponderante, era la actividad *élitica*, de Aristóteles. Y el ejercicio de esta actividad no estaba regulado por otra norma que por la de la violencia (1). La lucha de la vida tenía que ser muy áspera. El grupo más fuerte de los que luchaban, y dentro del grupo el individuo ó individuos más arriegados, audaces ó poderosos, eran los que obtenían victoria é imponían su arbitrio (ley) á los demás. El desarrollo mental de estos hombres era tan incipiente, tan limitado, que no comprendían apenas forma alguna de solidaridad con los semejantes (si de semejantes podía hablarse entonces), fuera de la que impusiese alguna vez la necesidad de asociarse para fines guerreros ó de caza. El móvil único de la conducta era la utilidad (lo mismo que, después de todo, sucede hoy casi siempre, ó acaso siempre, aun cuando nuestro concepto de lo útil sea ya más amplio y complejo); y el criterio exclusivo, el prisma por el cual dicha utilidad se apreciaba, era el interés inmediato, material y egoísta del sujeto.

12. **La cooperación.**—Sin embargo, me parece á mí que, mirando la vida social primitiva por este solo aspecto, se expone uno á caer en un error, porque se adopta un punto de vista muy unilateral, y nada puede ser así juzgado con acierto. Las manifestaciones psíquicas del hombre, de todo hombre, aun de los primitivos, son muy complicadas, y el considerarlas por un lado únicamente, descuidando otros, no es jamás prudente. Debiendo advertir que conviene mucho llamar la atención sobre ello, pues del diverso modo como se entienda el asunto emanan consecuencias muy variadas en cuanto á la concepción del derecho, del Estado y de las funciones propias de sus órganos en la sociedad. Ejemplo: si la lucha es un fenómeno esencial é irreducible en la humanidad, debe tenerse por verdadera la idea corriente, según la que el derecho y la ley son vínculos imprescindiblemente exteriores y coactivos, que imponen violentamente (intimidación, *vis compulsiva*, penas, policía, guardia civil, tribunales...) la cooperación social, que sin eso no podría lograrse en modo alguno. Pero quizá sea necesario rectificar ese punto de vista, y de hecho va siendo rectificado. .

Es hoy ya bastante frecuente entre los sociólogos la convicción de que los hombres no han vivido nunca individualmente aislados, como en una especie de estado de naturaleza análogo al de que nos hablan Hobbes y Rousseau, en el que cada uno, dueño absoluto de sí, se creyera desligado de todos los demás; sino que, al contrario, aun en las épocas primitivas, formaban parte de grupos más ó menos extensos (2), cuyos miembros,

(1) V. Estayán, *Los orígenes de la vida económica*, Madrid y Barcelona, 1896, primeros capítulos del libro primero. Spencer, en su *Sociología*, se esfuerza por reconstruir al hombre primitivo en las varias manifestaciones de su vida, y por consiguiente en la económica. Puede verse un buen resumen de esta reconstrucción en el libro de G. Salvadori, *La scienza economica e la teoria dell'evoluzione*, Florencia, 1901, cap. I, pp. 29 y sigs.

(2) «Cuanto más nos internamos en las tinieblas de nuestros orígenes; cuanto más penetramos en los detalles de la vida de los salvajes modernos, tanto más nos vemos obligados á llegar á la siguiente conclusión: que la «cofraternidad», la *gens*, la «*cognatio hominum qui vera coherunt*», para emplear una expresión familiar á César, han sido el único medio en el cual se ha deslizado la existencia del hombre primitivo.» Maxim Kowalewsky, *Los orígenes de la civilización*, apud «Revue internationale de Sociologie», t. II, 1894, p. 82.) Esta opinión se halla muy generalizada entre los cultivadores de la Sociología y del derecho comparado Gumpowicz repite muy á menudo en todas sus obras la afirmación de que el elemento social primordial no es el individuo, sino el grupo, la tribu, la horda, cuyos componentes se juzgan unidos por el vínculo de un origen común; y esta concepción constituye una de las bases fundamentales de todo su sistema de sociología y de política. Wundt dice asimismo que la tribu es la unidad primitiva, la institución central. Según él, la lucha primitiva, el *bellum omnium contra omnes*, de Hobbs, no es cierto respecto de los individuos, pero si se realiza entre las tribus, que luchan al principio unas con otras, (Véa-

si miraban á los de otros grupos como adversarios constantes (lo propio que luego en Grecia, en Roma, en la Edad Media y en las naciones modernas lo han sido y lo son los bárbaros, los peregrinos, los extranjeros), con respecto á los cuales era, por tanto, lícito y aun obligatorio todo (el homicidio, el robo, etc.), en cambio, juzgaban hallarse ligados á los de su propio grupo por vínculos de solidaridad, y que, por lo mismo, había que respetarles en la posesión pacífica de sus vidas y de todo lo demás que les perteneciera, y hasta favorecerles. La conciencia más ó menos clara de un origen común y de ciertos intereses comunes entre todos los que procedían del mismo tronco, y la persuasión, adquirida á fuerzas de experiencias, de que el estado de lucha y de agresiones mutuas venía al cabo á redundar en perjuicio de todos, porque debilitaba al grupo entero y le colocabá en situación de inferioridad para contender la presa, los medios de alimentación, á los grupos vecinos, hubo de determinar cierto grado de intimidad entre unos y otros individuos, y ser la causa de que las acometidas y las luchas entre ellos se prohibiesen y se castigasen en nombre de la comunidad (1). La necesidad misma de la lucha y de armarse lo mejor posible para conseguir la victoria, produce así la unión y la asociación para la lucha, y engendra entre los asociados vínculos de unión y [cooperación forzosa que, con el tiempo, llegan á convertirse en vínculos de cooperación voluntaria, de solidaridad consciente de verdadera simpatía y fraternidad (2).

se Giner, *La segunda teoría de Wundt*, en el libro *Estudios y fragmentos sobre la teoría de la persona social*, Madrid, 1899, página 186.) El mismo autor afirma ser menos admisible la discusión sobre si los hombres han vivido alguna vez en estado de aislamiento, que no discutir si han vivido sin lengua ni religión (loc. cit.) Sumner Maine asegura también que las sociedades antiguas se han formado de la aglomeración de unidades sociales, cada una de las cuales tenía en vida independiente, y que los individuos que las componían se consideraban unidos por el vínculo de un ascendiente común, habiendo sido, por tanto, el parentesco el primer lazo de solidaridad existente entre los hombres. (Véanse, singularmente, los estudios de este autor sobre *El parentesco*, *La tribu*, *La familia*, incluidos en el volumen *Las instituciones primitivas*, trad. esp.) «No puede justificarse la opinión, según la que el grupo primitivo haya tenido como precedente un estado de nomadismo individual. No hay nada que recuerde la existencia de semejante estado en la vida de los pueblos primitivos; en cambio hay un punto de apoyo enteramente positivo para demostrar que la vida de horda es propia de la vida humana... Los hombres no se han asociado en ningún determinado momento, sino que, al contrario, se hicieron hombres en el seno de la sociedad; la sociedad es una formación completamente natural, más antigua que la formación del hombre; (esto es, del individuo) es sentido diferenciado. No ha sido el hombre el que ha creado la sociedad, sino que el hombre ha llegado á ser tal, dentro de la sociedad» (Zeller, *Die Gesellschaft*, citado por Teresa Labriola, *Revisión crítica de las más recientes teorías sobre el origen del derecho*, Roma, 1901, pp. 90 y 91). A conclusiones análogas á las anteriores llegan muchísimos investigadores modernos, tanto si consideran el régimen patriarcal y gentilicio como el inicial y primitivo, cuanto si admiten que éste ha sido precedido de otros regímenes anteriores. La cita de tales escritores sería muy larga. El lector español puede enterarse de las doctrinas y opiniones de bastantes de ellos en el resumen que hace Posada en su folleto, *Teorías modernas acerca del origen de la familia, de la sociedad y del Estado*, Madrid, 1899.

Pero donde se ve, quizás mejor que en parte alguna, la idea de una solidaridad íntima entre los individuos pertenecientes á un grupo, y la idea de que quien existía era el grupo mismo, y no separadamente cada uno de los miembros que lo componía, es al investigar los orígenes de la penalidad, cuando uno se encuentra con el hecho cierto de la responsabilidad colectiva y solidaria de todos los que forman parte de una familia, de una *gens*, de una clase, de una tribu, etc., por los hechos ejecutados por alguno de sus hermanos. (Sobre esta responsabilidad colectiva, aparte de los trabajos correspondientes de arqueología jurídica, derecho histórico y derecho comparado, pueden verse los escritos de los tratadistas de materias penales, y, sobre todo los de aquellos que se han consagrado al estudio de la historia de la delincuencia y la penalidad. En lo que á España toca, consúltese mi monografía titulada *Contribución al estudio de la historia primitiva de España: El derecho penal en Iberia*, Madrid, 1901.)

(1) Aunque probable el hecho que arriba se afirma, no pasa, sin embargo, de ser una hipótesis, que necesita ser comprobada. Las relaciones de grupo á grupo son bastante más conocidas que las interiores á cada uno de éstos, las cuales se miraban como privadas, y, por mirarse de esta modo, trascendía poquísimo de ellas hacia fuera; eran bastante impenetrables y secretas. Efecto de ello es que los investigadores de sociología primitiva desconocían todavía, casi por completo, el régimen interior de la vida de las agrupaciones á que en el texto hacemos referencia.

(2) No es, por tanto, quizá, originaria, espontánea, instintiva, hija de la pura inclinación humanitaria y de lo que hoy llamamos amor al prójimo, como creen varios escritores, y entre ellos Darwin, Guyan (*Esquizas d'une morale sans obligation d'actes*), Tarde (*Las transformaciones del derecho*), como Schopenhauer (*El mundo como voluntad y como representación*), *Fundamento de la moral y Metafísica del amor*) y Giddings (*Principios de sociología*), la simpatía que se observa entre los hombres pertenecientes á la misma estirpe, sus lazos los comienzos mismos de las sociedades; sino que más bien se tra-

13. **Doble forma de la conducta.**—Por donde se ve cómo la conducta comienza á desplegarse en dos opuestas direcciones: de un lado, la conducta para con los extraños, para con los miembros de los otros grupos, conducta no sujeta á regla ni limitación alguna, en que es permitido todo, y cuya única guía es el capricho, el egoísmo la fuerza del agente; de otro lado, la conducta para con los propios, para con los miembros del grupo á que uno pertenece; conducta regulada y limitada por las necesidades de la convivencia.

Bien podemos decir que esta doble conducta forma el contenido de toda la historia. En las primeras edades de ella, los pueblos, tribus, clases, gentilidades, lo que quieran que sean y como quiera que se llamen, se nos presentan de ordinario en guerras unos con otros, sin conocer apenas otra clase de relaciones entre sí más que las violentas, invadiéndose y conquistándose mutuamente, ajenos del todo á eso que hoy denominamos derecho internacional, bien imperfecto y atrasado por cierto. Lo propio ocurre en el mundo clásico. «Las ciudades griegas eran en primer término unidades militares, amantes de su propia independencia, y que, por regla general, no estaban mucho tiempo en paz con sus vecinas. Conservaron hasta el fin los rasgos característicos que las comunidades griegas presentaban cuando la historia nos pone por primera vez en contacto con ellas.» «Homero—dice Mr. Mahaffy (*La vida social en Grecia*)—nos introduce en una sociedad compuesta de castas muy exclusivas; y, para comprenderlo bien en todos sus detalles, es necesario recordar siempre este principio: que los miembros de la casta, y aun quienes de ellos dependen, son tratados con consideraciones, pero así que están fuera de su recinto, los más conspicuos no son considerados ya sino como objetos de saqueos» (1). Por lo que á Roma se refiere, no hay sino recordar el diferente régimen jurídico en vigor para los componentes de la comunidad y dentro del recinto (*pomerium*) de ésta (es decir, el régimen de la paz), y el que aplicaba á los que no pertenecían á ella, á los extranjeros (régimen de guerra, propiamente *ex iure*); diferencia que origina el perpetuo contraste entre el *ius civile* y el *ius gentium*, en cuya fusión consistió el mayor progreso de aquel derecho (2) Durante la Edad Media, época en la que, en cierto modo se inicia un nuevo ciclo de civilización, las guerras y las invasiones de bárbaros y musulmanes, el estado permanente de lucha y pillaje entre los señores feudales y entre los minúsculos Estados que á la sazón existían, muestra bien claramente la dualidad de diferencia. Y tocante á la edad Moderna y á los tiempos contemporáneos, téngase en cuenta no más que los siguientes hechos: la conquista de América y demás expediciones semejantes; el sistema colonial, de explotación y opresión de la colonia; las guerras para ensanchar el territorio y aumentar los dominios, sostenidos por las monarquías absolutas; la negación de todo derecho á los extranjeros; el llamado derecho de aubana; el proteccionismo económico y en otros órdenes; la guerra aduanera; las mil y mil formas de odios internacionales...

Se hace, por consiguiente, necesario que estudiemos la génesis y función del derecho y el Estado, de la ley y la autoridad, en una doble dirección, á saber: en los grupos simples, ó sea en las relaciones entre los individuos que se reputan miembros de un mismo todo, y en los grupos compuestos, esto es, en las relaciones entre agregados distintos que han venido á constituir uno solo como consecuencia de la lucha y la superposición.

Pedro Dorado

ta de una simpatía derivada, que tiene su raíz en una pura necesidad fisiológica, á saber: en la necesidad de reunirse y ayudarse para la defensa común contra la agresión de grupos extraños y para la conquista de los medios de alimentación, de guarnición, etc. (V. también en el mismo sentido Mommsen, *L'evoluzioni del diritto*.) Con el tiempo, apurada ya de su humilde origen, esta simpatía se llega á convertir en un sentimiento noble, ideal, altruista.

(1) B. Kidd, *La evolución social*, pp. 136-37 de la traducción española.

(2) V. Mommsen, *Compendio de derecho público romano*, trad. esp., y Soban, *Derecho privado romano*, trad. esp.

LA DECADENCIA ANARQUISTA

Información sobre las tendencias actuales del anarquismo.

(CONCLUSIÓN)

Porque las evoluciones de las gentes que piensan y se encuentran desemejantes unas de otras, pueden hallarse instantáneamente paralelas á consecuencia de ciertas circunstancias; pero no podrían serlo definitivamente, no siendo las mismas para todas las condiciones de temperamento y las circunstancias múltiples que presiden á la evolución de cada uno, y que les llevan fatalmente á seguir caminos divergentes. Sólo las evoluciones de las gentes que se han reducido á no pensar por sí mismas y que para toda decisión se remiten á una sabiduría superior, son susceptibles de permanecer indefinidamente para las, identificándose bajo una misma fórmula.

Síguese de esto que cuando más piensan por sí mismos los individuos, mayor carácter adquiere su personalidad y más rápidamente evolucionan, y son tanto menos susceptibles de asociarse por largo tiempo si la colectividad no se deja dirigir por ellos.

Así se ha tenido razón al tomar en mal sentido la palabra *sectario*, para indicar á un hombre intransigente, fanático, de espíritu limitado é intolerante, cerrado á toda nueva luz; porque tales son las cualidades máspreciadas que se puedan encontrar en los adeptos para asegurar el poder de su secta.

Cuando no son el producto más ó menos confesado de una fe ardiente é irreflexiva, son hijas de la pereza intelectual.

El orgullo injustificado, la mala fe, la calumnia lanzada á torrentes sobre todo el que no piensa como uno, aun las manifestaciones más frecuentes.

Tienen por enemigos el desequilibrio, la duda, la inquietud, factores de disolución; pero también de adelanto y de renovación.

En el cielo de la vida universal, las inevitables fases de putrefacción ó de disgregación son las que siempre me han parecido más interesantes. El bien se transforma en hoguera de la que surgirá el mejoramiento.

Cuanto más se desciende en la escala de los seres, tanto más se encuentran semejantes los individuos.

Cuanto más se sube, por el contrario, hacia las gradas superiores, menos puntos de semejanza se les encuentra. Lo que caracteriza al grado más elevado al hombre de genio, es su profunda desemejanza con el resto de la humanidad. Los hombres de genio tienen en su carácter, en su sensibilidad, en sus razonamientos y en su manera de considerar la vida, diferencias mucho más acentuadas que las del *vulgus pecus* que llena las calles con su tumulto. Fundan sectas y las dirigen más bien que afiliarse á ellas. Si fueran llamados á formar parte de una secta, sería preciso que se basara sobre líneas extraordinariamente amplias y de naturaleza que diera lugar á las adaptaciones más diversas, sin que estuvieran jamás en estado de contrariarse unas y otras.

Cuanto más intensa y compleja es la actividad de una sociedad, más numerosas y varias se manifiestan las sectas, más pronta se encuentra también á su desaparición.

Cuando una secta haya alcanzado el fin que se proponía, cuando la verdad que proclamaba haya dejado de ser una verdad, cuando la hipótesis ó el programa que había adoptado se hayan presentado como falsos ó impracticables, cuando, en fin, los intereses de sus adeptos no sean de la misma naturaleza, la secta habrá cesado de existir, lo mismo que los cuerpos organizados cuando sus condiciones de vida no son adaptables á las condiciones del medio exterior, y cuando las células que las componen, dejando de ser solidarias, se dispersan para ir á formar, con otras células, asociaciones nuevas.

Se puede decir que una secta está en decadencia, cuando la comunidad de intención que había presidido á su formación, se encuentra comprometida y el número de puntos sobre que sus adherentes continúan estando de acuerdo, se encuentra de importancia menor que el número de puntos sobre el que están en desacuerdo.

Cabe creer que en tal momento, una secta en decadencia porque su poder de acción se encuentra amnorado y hasta anulado, porque su resistencia á los ataques ha disminuido mucho, porque todas sus fuerzas se encuentran empleadas en luchas interiores, porque, en fin, la asociación de individuos que era su única razón de ser, en favor de un objetivo común, se encuentra en vísperas de desaparecer á consecuencia de escisiones, de formación de nuevos grupos lanzados a la persecución de resultados contradictorios: para obtener los cuales resulta inútil y hasta nefasto para los individuos el permanecer solidarios.

Cuando una secta esté en decadencia, si no encuentra alguna circunstancia que venga á restablecer la concordia, provocando una nueva unidad de acción, lo mejor que puede suceder es que desaparezca para ceder el puesto á nuevas agrupaciones.

Importa poco, por lo demás, que suceda esto.

Las ideas forman las sectas y se sirven de ellas á manera de los jalones que señalan las etapas del camino; las destruyen también como barreras que se opusieran á la marcha hacia adelante.

Las ideas, sin cesar, evolucionan. Toda obra, todo programa, toda realización, resultan ser la señal, en un instante preciso, de un grado de su evolución, pero todavía no está terminada la obra cuando ya la idea ha perseguido su camino, ensanchado los horizontes, mostrado el plan de obras nuevas.

Los individuos, las sectas, las razas, como los sistemas estelares y los infinitamente pequeños, tienen su nacimiento, su vida y su muerte.

El hombre ilustrado no pierde el tiempo en dolerse de las decadencias, en llorar á los muertos. No ve en estas cosas sino la manifestación de la vida que trabaja en la creación de nuevas juventudes, de nuevas bellezas y aprende á amar y admirar igualmente á la vida cuando crea y cuando destruye.

* * *

Hemos manifestado cuáles eran las condiciones de nacimiento, de vida y de muerte de las sectas.

Nos queda por relatar brevemente la historia del anarquismo, de modo que comprobemos, en virtud de los principios que hemos expuesto, cuáles son las condiciones que presidieron á su nacimiento y á su desarrollo y cuáles son los síntomas que, desde hace unos diez años, permiten suponer su decadencia.

En 1865, la *Asociación Internacional de Trabajadores* se fundó con objeto de estudiar las cuestiones económicas y sociales, y ocuparse en la propaganda de las soluciones halladas.

No tardó en verse apartada de su fin, bajo la influencia preponderante de Carlos Marx, que la transformó en una sociedad política y socialista. En Basilea, en 1867, Miguel Bakounine opuso, al ideal marxista de una sociedad futura, constituida por un Estado popular centralizado autoritariamente, un sistema que denominó Federalismo antiautoritario, y que estaba basado sobre la libre federación de las libres asociaciones industriales y agrícolas. En 1871, habiendo conseguido formar una mayoría antimarxista, formó, en la Internacional, una escisión, y dió á su partido el título de *Federación Jurasiana*. En 1873, en el sexto Congreso de la Internacional en Ginebra, la *Federación Jurasiana* triunfó definitivamente de su adversario. Sobre las ruinas de la Internacional debía, algunos años después, alzarse el Anarquismo. Su primer Congreso se celebró en Berna en 1876.

Sus conclusiones fueron:

«Abolición de la propiedad: guerra al capital, á los privilegiados de todo género y á la explotación del hombre por el hombre.

»Abolición de la patria: no más fronteras, ni luchas de pueblo contra pueblo.

»Abolición del Estado: guerra á toda autoridad dinástica ó temporal; y al parlamentarismo.

»La revolución social debe tener por fin crear un medio en el que el individuo no dependerá, en adelante, sino de sí mismo, concinando su voluntad sin límites y no siendo coartada ni por la del vecino.»

Un segundo Congreso, en Verviers, adoptó resoluciones análogas y se benefició con el concurso de Pedro Kropotkine.

En 1878, tercer Congreso, en Friburgo; Elisio Reclus, en una Memoria que presentó, propuso fijar una respuesta á estas tres preguntas:

«¿Por qué somos: 1.º, revolucionarios; 2.º, anarquistas; 3.º, colectivistas?»

El Congreso adoptó la respuesta de Reclus. Hé aquí el resumen:

«Somos revolucionarios porque queremos la justicia... Jamás se ha realizado un progreso por simple evolución pacífica, se ha hecho siempre por una revolución repentina. Si el trabajo de preparación se hace con lentitud en los espíritus, la realización de las ideas se verifica bruscamente... Somos anarquistas que no tienen á nadie por amo y no son amos de nadie... No hay moral sino en la libertad... Pero somos también colectivistas internacionales, porque comprendemos que la vida es imposible sin agrupación social...»

El Congreso se declaró además:

- «1.º Por la apropiación colectiva de la riqueza social.
- »2.º Por la abolición del Estado bajo todas sus formas.»

Adoptó como medios:

- «1.º La propaganda teórica.
- »2.º La acción insurreccional y revolucionaria.
- »3.º El desprecio al voto.»

En 1879, en el Congreso de la Chaux de Fonds, Pedro Kropotkine propuso añadir á esos medios, *la propaganda por el hecho*.

En 1880, nuevo Congreso en Suiza. Se decidió abandonar el término *colectivismo* para tomar el de *comunismo anarquista*.

En 1881, el Congreso de Londres, por los discursos de Kropotkine, decidió *la necesidad de unir, á la propaganda teórica, la propaganda por el hecho*.

El anarquismo queda, pues, fundado por las resoluciones de los siete Congresos que acabamos de citar y que, lejos de contradecirse, son la prolongación unos de otros. La doctrina posee un fin bien definido y un programa de acción sobre el que se entiende la inmensa mayoría de los anarquistas: no tarda, por lo demás, en dar lugar á numerosos actos de propaganda que no la son nada contrarios.

El último Congreso que se celebró en Chicago, en 1893, doce años después del de Londres, parece reflejar, por primera vez, cierta vacilación en los espíritus y síntomas de descontento.

Por temor de ejercer una autoridad sobre los individuos, se niega á tomar una dirección y parece tender á que cada cual conserve la libertad de poder obrar según las circunstancias, los medios y su temperamento.

Esto es favorecer en cada individuo el máximo de iniciativa, pero es también hacer los límites de la doctrina extraordinariamente vagos, y abrir la puerta á la invasión de una multitud de capitalistas, perfectamente discordantes, cuyas querellas absorben cada vez más las fuerzas vivas del partido, con gran detrimento de su extensión.

No hablaré del Congreso de 1900, en París. Prohibido por la policía, que hizo custodiar por una línea de agentes las cercanías de la sala de reunión, no tuvo por efecto sino la detención de uno ó dos compañeros, cuya forma de propaganda, bastante extraña, consiste en negarse platónicamente á circular por la calle.

En resumen, el programa del anarquismo, tal como ha salido de los Congresos, puede exponerse así: Como fin, la revolución social ó aniquilamiento de la sociedad actual, destinada á ser reemplazada por una forma social nueva, el comunismo libre, que debe surgir inmediatamente sobre las ruinas de la antigua. Como medio de organización revolucionaria, primero; como método de organización de la producción y del consumo, después; la acción de los grupos por reunión espontánea de individuos que tengan afinidades comunes. Nada de jefes, nada de soldados, nada de reglamentos, nada de votos. Cada uno se mande á sí mismo. La vida libre sin obstáculos.

Los adheridos á los grupos son independientes, y los grupos no sufren ninguna dirección. Nada de consignas, sino iniciativa privada. El individuo que forme parte de un grupo, no tiene que guardar ninguna regla respecto de los otros adheridos. Cada cual obra según sus inspiraciones. La unión ó el agrupamiento se utiliza ó se denuncia sin tener en cuenta, en ninguna circunstancia, lo que la sociedad llama deber. Estas condiciones conciernen á todos los individuos sin distinción de edad, de raza, de casta ó de sexo.

A partir de 1877, el anarquismo, entrando en el período efectivo, pone en práctica las resoluciones de tres Congresos. Al mismo tiempo que se organiza una activísima propaganda en periódicos, folletos, manifiestos y reuniones públicas, se observa la explosión contra la autoridad y la propiedad de una serie de atentados que no son sino la prolongación de la propaganda teórica.

He aquí la lista, año por año, de los atentados más notables, refiriéndome á los que fueron perpetrados por individuos titulados anarquistas ó notoriamente inspirados en la propaganda anarquista:

En 1877, Cafiero, Malatesta y Cecarelli, con una treintena de hombres, queman los archivos de las villas de Letino y San Galo, en la provincia de Benevento, en Italia. Se apoderan de las armas y del dinero y lo distribuyen al pueblo. En 1878, atentados de Nobiling y de Hedel contra el emperador de Alemania; de Moncosi, contra Alfonso XII, y de Passamante, contra el rey de Italia. Asesinato del jefe de policía Trepos por Vera Zasulit en San Petersburgo.

En 1880, atentado de Otero González contra Alfonso XII

En 1881, asesinato del Czar Alejandro II, muerto por una bomba.

En 1882, revuelta y explosión de dinamita en Montceau-les Mines. Explosiones en el atro de Bellecourt y en las oficinas de reclutamiento de Lyon.

En 1883, en París, manifestación en la explanada de los Inválidos y asalto de las pañaderías.

En 1884, Rindsdorf y Kuchler intentan hacer volar á Guillermo I, emperador de Alemania. En París, mitin en la Sala Levis, en donde los obreros sin trabajo animan á los proletarios á que cojan en los almacenes lo que necesiten para vivir. En Austria, el anarquista Kammerer mata al policía Hlubeck.

En 1886, en Decazeville, asesinato del ingeniero Waltrin. Salto, en París, dispara varios tiros de revólver en la Bolsa. En Charleroi, incendio de conventos y de fábricas. En los Estados Unidos, huelga monstruo de Chicago y mitin de obreros armados; explosión de una bomba entre los policías.

En 1887, en París, Clemente Duval roba é incendia el hotel Magdalena Lemaire, después hiere al policía Rossignol.

En 1889, condena de Pini por varios robos.

En 1890, en Viena Tenevin, Buisson y Pedro Martín son condenados por haber organizado violentas organizaciones. En Roubaix, Girier-Lorion detenido por delito de palabra, hiere á varios policías.

En 1891, en París, Padleusky mata al general Seliverstov. Explosión de dinamita en Charleville y en Nantes. Tentativa de explosión en la inspección de policía de Clichy.

En 1892, en París explosiones en el cuartel Lobau, en el hotel de la princesa de Sagan, en casa de Benoit, magistrado; en casa de Bulot, sustituto del procurador general, reivindicadas todas por Ravachol, así como la muerte del ermitaño de Chamble. Explosión del restaurant Vely y de la inspección de policía de la calle de Buis-Enfantes. En Homestad (Estados Unidos), durante una huelga, Birckmann mata al director Frick de la fábrica Carnegie. En Villares, cerca de San Esteban, el minero Ruliere, despedido por anarquista, intenta matar á su director. En Marsella, el obrero Peduzzi dispara dos tiros de fusil sobre un contramaestre suyo. En España, Lamela, Zarsuela, Busiqui y Lebrijano intentan sublevar á los campesinos.

En 1893, en Barcelona, Pallás arroja unas bombas contra el general Martínez Campos. Explosión en el teatro del Liceo. Atentado de Leautiers contra Georgevitch, ministro de Servia. Explosión en Marsella. En París, Vaillant lanza una bomba en la Cámara de los diputados. Sublevación en Sicilia. En Lyon, asesinato del presidente Carnot, por Caserio.

En 1894, atentado contra el gobernador de Barcelona. En París, depósito de una bomba ante los almacenes del Printemps; explosión en el café Terminus, por Emilio Henry; explosión del restaurant Foyet; tentativa de muerte contra varios policías por Euevant. En el proceso de los Treinta, son condenados por robo dos compañeros.

En 1896, en Barcelona, explosión de una bomba en una procesión. Ramón Sempau intenta matar al jefe de policía Portas, organizador de los suplicios de Montjuich. Asesinato del ministro Cánovas por Angiolillo. Acciarito atenta contra la vida del rey de Italia. Muerte de la emperatriz de Austria por Luccheli. En Francia, en Amiens, Merlia dispara en vano seis tiros de revólver sobre su patrono.

En 1898, muerte del rey de Italia por Bresci.

En 1899, saqueo de la iglesia de San José, en París.

En 1900, en París, tentativa de asesinato contra el sha de Persia.

En 1901, asesinato del sha de Persia.

En 1902, asesinato del presidente Mac-Kinley por Czolgoz. Tentativa de asesinato de príncipe de Gales. En Paterson (Estados Unidos), batalla sangrienta entre policías y huelguistas. Tentativa de huelga general en España. En Rusia, asesinato de Spiaguine por Balmaschef.

Por último, en 1903, tentativa de muerte por Rubino contra la persona del rey de los belgas.

La exposición imparcial que hemos hecho de las teorías y de los actos del anarquismo durante estos treinta años de existencia, nos permite deducir que constituyó en el gran movimiento socialista una secta, es decir, una asociación de individuos con un fin común bien definido, así como con un programa de acción no menos bien definido, puesto que en sus líneas generales esas teorías y esos actos no son de manera alguna contradictorios, sino, por el contrario, perfectamente coordinados. Si se admite, á lo que no se oponen los lingüistas, que es legítimo dar á las palabras, además de su significación etimológica, la significación que adquieren por el uso, la palabra *anarquía* no puede ya hoy servir solamente para designar la *ausencia de gobierno* y, por extensión, el desorden, según los casos, sino también «el conjunto del sistema social, muy particular, y no susceptible de ambigüedades, cuyos fines y medios de acción hemos manifestado». Este último sentido está hoy definitivamente consagrado por el uso. Todos los diccionarios están llamados á consignarle, á menos que no se cambie el método que ha presidido hasta aquí á la composición de todos los diccionarios. Está reconocido por la legislación, y el individuo que no se hiciera solidario por completo de todas las ideas generales del anarquismo tal como lo hemos descrito, se vería obligado ante un tribunal á no declararse anarquista, ó á entrar en explicaciones particularísimas que podrían muy bien determinar, para evitar la confusión, que no se le calificase sino por su nombre de familia y el valor de sus actos personales.

¿Quiere esto decir que el anarquismo, encerrado en una significación de diccionario, sea incapaz de evolución? Ciertamente, no; se ha dicho que era «el camino abierto».

Andando el tiempo, pueden corregirse los errores y formularse nuevas adaptaciones. Pero no hay que olvidar que como asociación destinada á propagar á la vez una filosofía, una táctica revolucionaria y un plan de sociedad nueva, ó, por lo menos, de acción inmediata, el anarquismo no puede continuar viviendo, y, sobre todo, obrando, sino en el caso de que continúe siendo un todo colectivo de individuos que tengan una razón para estar asociados, es decir, una voluntad común, realizaciones coordinadas, cualquiera que sea la amplitud del programa, y no pensamientos y manifestaciones contradictorios llamados á perjudicarse ó á neutralizar recíprocamente su acción.

Lo hemos dicho: la secta no puede evolucionar sino por la evolución colectiva y en el mismo sentido de los que la componen.

Es, por lo tanto, absolutamente necesario que se celebren congresos frecuentes, á fin de que se elijan en común las nuevas bases de inteligencia, aceptadas por todos, sin perjuicio de que se retiren por el mejoramiento de otros y de sí mismos, y para formar nuevos organismos sociales aquellos que no las adoptaran.

Entorpecidos en sus movimientos, comprometidos por una ficticia solidaridad con sus antiguos aliados, les comprometerían y les entorpecerían á su vez.

Los más diversos caminos están abiertos á todo el mundo, pero cuando se está en sociedad y no quiere uno separarse, cuando se juzga útil permanecer unidos, no se puede ir á la vez á derecha é izquierda y es indispensable concertarse á fin de saber á dónde se va.

No es esto lo que se hace en el anarquismo desde hace unos diez años. Los individuos, en grandísimo número, parecen haber evolucionado, para el mejoramiento de su personalidad propia, hacia fines y nuevas tácticas que no son conciliables, y otros en gran número, también se han quedado estacionarios. Los que han avanzado aisladamente lo han hecho en pro de lo que juzgan la verdad y para el mejoramiento de nuevas asociaciones, pero sacrificando el beneficio de la asociación pasada.

Cuando en una secta evolucionan los individuos de semejante manera, yo no digo

que la secta esté llena de vitalidad y poder; digo que los individuos que la componen están llenos de poder, pero que los lazos que les unían están en vías de desaparecer, y que la secta se desmembra, es decir, que se muere.

Por esto no he vacilado en aventurar que la anarquía está en decadencia, ó, por lo menos, en una fase crítica.

En 1892, los actos de Ravachol produjeron la primera división. Los unos dijeron: «Ese hombre es igual á los más grandes filósofos, porque ha puesto en acción sus enseñanzas. Ha sido el brazo musculoso que obra, obedeciendo el pensamiento. Las vitrimas de las ciudades futuras reproducirán su imagen en lugar de las de los santos, porque mejor que ningún otro ha señalado el camino y simbolizado la rebelión.» Otros dijeron: «Ese hombre no puede estar con nosotros, ni los que piensen como él, ni los que sigan su ejemplo, porque nosotros necesitamos, sobre todo, atraer á los débiles y á los tímidos y no asustarlos.»

En 1894, respecto de Emilio Henry, dijeron también los unos: «Nosotros somos del pueblo, como esos á quienes ha herido. El pueblo es inocente y miserable; el que le hiera, cualquiera que sea, será nuestro enemigo.» Y los otros: «No hay inocentes; el tirano está en su papel, el esclavo no lo está. Puesto que la bestia humana permanece impasible bajo los golpes, puesto que no siente ya el látigo del amo, nosotros le aguijonearemos con nuestros cuchillos hasta que se sbrleve.»

Después de la promulgación de las leyes criminales y de la represión brutal, hay quien se ha quejado: «Puesto que el pueblo no ha comprendido, puesto que no nos ha seguido, ¿por qué habríamos de aumentar nuestros sufrimientos diarios? Nos colocaremos aparte de los terroristas á fin de no angustiar á los nuestros y de no perder la poca libertad que poseemos. ¡Tal vez nos hemos engañado!»

Después se ha visto el nacimiento de los naturistas, dulces, colonizadores y vegetarianos; la sangre les causaba horror hasta en la carne; han negado la utilidad de la ciencia y alabado la vida en las cavernas; la vuelta al estado salvaje; el ejemplo de su existencia campestre debía convencer al resto del mundo. Se ha visto alejarse á los científicos, deterministas, dudando y resignados, considerando como locura el tratar de organizar los hechos y no estudiando más que para saber hacia donde los hechos nos conducen. Y ha venido el cristianismo afirmando: «Vuestro ideal es el del Evangelio y el del Evangelio es semejante al vuestro. Queremos para lo futuro la misma sociedad de armonía. Nos llamamos anarquistas, á causa de eso y porque no hay dogma anarquista que imponga la elección de los medios, porque nuestros medios no son los vuestros. Cuando vosotros predicáis á gente sin voluntad el orgullo y el odio, nosotros le predicaremos la dulzura y la resignación.» Y los hostiles á Jesús han permanecido desconfiados y agrios, cogidos en el lazo, divididos entre el deseo de aplastar al recién llegado y la necesidad de no ser autoritarios.

Algunos entusiastas han hablado de transformar la tierra en casa de pastos y de crear numerosos soldados para las revoluciones futuras. Los prudentes han distribuido los medios de evitar las grandes familias.

Los individualistas se han burlado de todo.

«Nosotros somos anarquistas, ¿pero qué es eso de la humanidad, de la sociedad futura, con la mano tendida al proletariado? Nosotros no sabemos lo que eso quiere decir. Nuestro anarquismo consiste en no caer en el puerilismo de las gentes que creen en la virtud, en la honradez, en la moral, y, sobre todo, en la solidaridad y en la sociedad futura. Todo el mundo no puede ser feliz y cada cual ha de atender á sí propio. Nosotros queremos hacer desde ahora nuestra felicidad sin escrúpulos. Todo el mundo debería empezar á comprender que el altruismo es un medio de hacer ruido que asegurará hasta la consumación de los siglos buenos ingresos y éxitos de librería á costa de los tontos. Nosotros queremos ser fuertes, tanto peor para los débiles.»

Algunos se hicieron discípulos de Marx Stirner y otros volvieron al mutualismo de Proudhon.

Durante el asunto Dreyfus estallaron divisiones tales, que en varias ciudades de Francia los partidos adversarios amenazaron llegar á las manos. Esto fué el punto de partida de una mala-inteligencia que no ha desaparecido, sino que subsiste más importante que nunca. Los revolucionarios, partidarios del «todo ó nada», continuaron precediendo que era preciso dejar que se les agregase la antigua sociedad y que toda mejora, toda

reparación del edificio carcomido había de ser funesta. Los reformistas disidentes proclamaron que era necesario, para preparar benéficamente la revolución, organizarla por de pronto en los cerebros, bajo pretexto de que la revolución de los vientres vacíos no aportó jamás nada provechoso. Se hicieron partidarios de los movimientos cooperatista-sindicalista y de las universidades populares, en las cuales tomaron puesto. Anunciaron que la República estaba en peligro y defendieron al Gobierno, bajo pretexto de que la libertad integral era siempre su fin, pero que había que defender contra la reacción a las libertades ya adquiridas.

Muchos, sin hacer ruido, llegaron al voto y se unieron más ó menos con el socialismo, como consecuencia lógica de semejante teoría. Y en Francia surgieron grupos enteros de libertarios republicanos librepensadores que no querían combatir por los medios políticos y otros, sino al cura como al único obstáculo del progreso. Su ideal fué obtener un gobierno bien republicano, respetuoso de los derechos del hombre, que, convenientemente aplicados, deben conducir á los más elevados vértices.

En 1900, la confusión de las opiniones existía ya hasta un grado tal, que el Grupo de los Estudiantes Socialistas Revolucionarios Internacionalistas de París, no vaciló en publicar un folleto titulado: *Informe sobre la necesidad de establecer una inteligencia durable entre los grupos anarquistas y comunistas revolucionarios.* (París, ediciones del *Libertario*.) Copio este pasaje que no hace más sino confirmar mis conclusiones:

«Los acontecimientos de estos últimos años, tanto en Francia como en otros países, han demostrado que los revolucionarios se encuentran dispersos, que sus fuerzas están amordazadas ante las fuerzas reaccionarias. En este último tiempo de lucha empeñada contra la reacción no hemos emprendido nada serio; en los momentos críticos nos hemos visto obligados á echar mano de los periódicos burgueses para convocar á nuestros compañeros. Nos vemos obligados á permanecer simplemente de testigos ante los espectáculos repugnantes. Unas veces eran anarquistas los que iban, invitados por los periódicos burgueses, á aclamar al presidente de la República y á tomar parte en manifestaciones en las que figuraban á menudo menos como revolucionarios conscientes que como hombres más ó menos animosos, á quienes los otros partidos se dirigían cuando había demasiado peligro que correr para los republicanos pacíficos. Si los revolucionarios de Francia, y en particular los de París, hubieran estado más unidos entre sí, si hubiesen tenido la posibilidad de entenderse fácilmente, se hubieran evitado muchos errores y se hubiese tenido, por lo menos, la posibilidad de discutir antes de obrar. En otros países, las rencillas entre compañeros, la falta de unión entre los grupos locales que apenas se conocen, da por resultado la decadencia completa, á veces, del movimiento.»

El folleto, por lo demás, quedó sin eco.

«¿A dónde vamos?—exclamaron también en estos últimos tiempos varios compañeros.—¡La anarquía naufraga en el ridículo! Hay gentes que se declaran anarquistas y debemos deducir al escucharles, que si son realmente anarquistas, es que nosotros no lo somos. Los periódicos están en el marasmo, y el número de sus lectores está estacionario desde hace años: el público de las reuniones de propaganda no varía. Ya no hay propaganda seria, aparte de la de algunas personalidades muy raras... Se ha dejado al cuidado de ella á los grotescos, á los charlatanes y á los falsos sabios.»

A la pregunta de saber lo que entienden por *anarquía* muchos compañeros no me han respondido sino con dificultad, y algunos desencantados me han dicho: «¿La anarquía? Es una actitud aristocrática en la vida. No tendremos ninguna esperanza de días mejores. La vida es lo que es, y será tal cual es, á despecho de las utopías. Pero experimentamos una satisfacción de orgullo al colocarnos fuera de sus vilezas y en manifestar nuestra dignidad allí donde tantas gentes son incapaces de tenerla.»

Me querido en este estudio no exponer ninguna opinión personal. Las palabras que he citado sobre el anarquismo son la expresión resumida de discusiones y de artículos numerosos que se pueden encontrar en la colección de los periódicos libertarios. Diré mi parecer á un tiempo, porque no quiero quitar á las respuestas que se hagan en la información un carácter de franca claridad, provocando, ó la imitación ó la contradicción.

Las divinas voces que ensazan de la anarquía, ¿son susceptibles de unir sus esfuerzos sobre una base de inteligencia común muy amplia, comprendiendo á la vez una filosofía, un fin determinado y modos de acción social, ó están á punto de separarse definitivamente?

La crisis que sufre el anarquismo, ¿es superficial ó profunda, momentánea ó definitiva? ¿En qué medida la han sufrido los demás países además de Francia?

Se puede, por otra parte, atribuir á la influencia del anarquismo y calificar de anarquista la evolución actual hacia mayor libertad y bienestar? ¿ó no es más bien el producto de esos movimientos eternos, salidos de las contingencias, manifestados por las filosofías más antiguas y que se encuentran en la decadencia de todas las sociedades? El anarquismo, que es una de las adaptaciones á nuestro tiempo, ¿no se engaña cuando, viendo desarrollarse, sin nombres en la multitud, tendencias que le son caras, deduce que se trata de una aproximación hacia su fin personal? ¿No es más bien, con fuerzas á veces análogas á las suyas, pero que su propaganda no ha determinado un movimiento que se ha producido sin él, que sus esfuerzos no han modificado sino poco, y que conducirá, en resumidas cuentas, á resultados sensiblemente diferentes de los que se proponía?

Yo no sabría prejuzgar respuestas á estas preguntas. Las declaraciones de unos y otros y la serie de los acontecimientos nos las darán tal vez.

El hombre á quien no preocupan ni consideraciones mezquinas ni la política de un partido, no puede inquietarse, porque su única investigación es la verdad por sí misma, y—cualquiera que sea—está dispuesto con calma á inclinarse ante ella.

Juan Marestan.

CRÓNICA CIENTÍFICA

Las recientes perturbaciones magnéticas.—Daños causados por las manchas solares. Producción repentina de nuevas especies.

La violenta tempestad electro-magnética que dificultó y aun impidió las comunicaciones telegráficas en 31 de Octubre anterior en Europa y América, se ha atribuido por los sabios á la aparición de un grupo de manchas solares descubiertas pocos días antes por el físico inglés Denning.

Ya era conocida la conexión indiscutible existente entre la aparición de esas grandes conmoviones solares y el sistema magnético terrestre; los trabajos de Flammarión y Moireux en Francia, de Kelvin y Lockyer en Inglaterra y muchos otros en otros países, han establecido el hecho confirmado por el sincronismo notable observado entre la aparición de las auroras boreales y de las manchas solares.

La observación de estos fenómenos por los magnetogramos de Greenwich y de Stonyhurst no dejan lugar á dudas.

Hemos tenido el gusto de observar el sencillo é ingenioso método empleado en Greenwich para registrar estas perturbaciones electro-magnéticas, cuyo funcionamiento es el siguiente: unos espejillos minúsculos están sujetos á unas agujas magnéticas, delicadamente balanceadas, que tienen por objeto proyectar un rayo de luz sobre una hoja de papel sensibilizado extendido sobre un cilindro movido por un movimiento de relojería, de tal modo, que la más ligera flexión del imán se fotografía sobre el papel.

En condiciones normales, ó sea cuando no hay manchas solares, la acción del rayo de luz produce en el papel sensibilizado una línea casi regular. Cuando se observan una ó varias manchas, la línea continúa siendo regular durante un día y cuarto; después comienza á describir un zig-zag de derecha á izquierda con una irregularidad proporcional al número y á las dimensiones de las manchas. Métodos semejantes ó poco diferentes empleados en muchos observatorios han dado los mismos resultados.

De lo expuesto, no puede deducirse que por el simple hecho de la aparición de manchas negras sobre la superficie del sol, puede producirse un efecto cualquiera sobre el magnetismo ó la electricidad terrestre. Las perturbaciones que producen esas manchas van acompañadas por la emanación de alguna misteriosa influencia del orbe gigante, la cual, como quiera que sea, se manifiesta casi instantáneamente por este doble fenómeno: perturbaciones anormales del magnetismo terrestre y una formidable corriente eléctrica causante de la aurora boreal. En el curso de la parálisis telegráfica ocurrida recientemente, los hilos telegráficos de las inmediaciones de Chicago se cargaron en un momento de 675 volts, energía suficiente para matar un hombre.

Los competentes (las autoridades suele decirse indebidamente), en la materia parecen

de acuerdo en sus suposiciones concernientes á la naturaleza de esta misteriosa emanación, admitiendo que es una inmensa corriente eléctrica formada por miríadas de partículas infinitamente pequeñas arrojadas de su superficie con una velocidad igual á un décimo de la de la luz. Cuando esa corriente pasa fuera de la esfera terrestre podemos observar su «mancha en el sol», sin otra sensación; pero si para suficientemente cerca de la Tierra, produce el fenómeno de parálisis telegráfica indicado, y si penetra en nuestra atmósfera, tendremos una aurora boreal.

Según numerosas observaciones meteorológicas, parece existir relación entre esos fenómenos y la temperatura general: los períodos de «mal tiempo», excepcional concuerdan con un máximo de manchas solares, y los de «buen tiempo» con el mínimo.

El célebre astrónomo Herschel había llegado á la conclusión de que las manchas solares ejercen influencia sobre el precio del trigo; cuando las manchas eran escasas y pequeñas bajaba y se encarecía en razón de su número y dimensiones.

Se ha observado, á lo menos en Alemania, ya que no sabemos si la observación es general, que los años de buenas y abundantes vendimias coinciden con períodos de mínimo de manchas, y un astrónomo del observatorio de Stonyhurst, en un artículo publicado en *Nineteenth Century*, atribuye á la influencia maligna de esas manchas el número de los naufragios, las quiebras financieras, las crisis comerciales, las malas cosechas, las guerras, etc., lo que el autor explica por enjambres de *electro-cons* lanzados por el Sol que causan en la Tierra perturbaciones magnéticas y meteorológicas por su acción electrodinámica, en tanto que la electro-estática oscurecen los vapores incandescentes en la superficie del Sol y son causa de las manchas.

No sabemos qué pensarán de esto los doctores de la economía política, ciencia que, como todos saben, trata de la producción y del consumo de las riquezas de un país, á la manera de los doctores de la ciencia del derecho, que metodiza la arbitrariedad convertida en ley... del embudo; sublimes ciencias (¡pobre humanidad, si del árbol de la sabiduría se desgajasen esas dos ramas!), que concuerdan en vigorizar y sancionar la usurpación del patrimonio universal perpetrada por los privilegiados en perjuicio de los pobres.

Si esas observaciones se concretasen en un conocimiento positivo que acrecentase el caudal científico, pronto veríamos justificada la mortalidad de los hambrientos con nuevas estadísticas y la jurisprudencia aumentada con una ley encaminada á que los reducidos á comerse los codos de hambre se mueran á gusto. Afortunadamente, á pesar de la autoridad..., digo, de la *competencia* de los sabios, de acuerdo al parecer sobre el asunto, la influencia de las manchas solares sobre la temperatura no debe admitirse sin reservas, ó á lo menos hay que reconocer que si la teoría es verdadera en general, está sometida á no escasas excepciones. El hecho es que durante el año 1893, señalado como comprendido en el máximo de la presentación de las manchas, se disfrutó de una temperatura que no ofreció nada de excepcional y los viticultores del Rosellón y de otros países llegaron á no tener dónde poner todo el vino producido por la abundantísima cosecha.

La teoría de la evolución está á punto de evolucionar. Según Darwin y la mayor parte de sus continuadores, la formación de las especies se debe á transformaciones muy lentas que se extienden á períodos considerables de tiempo; pero hoy, Hugo de Vries, naturalista holandés, manifiesta que se pueden desarrollar repentinamente nuevas especies.

Este fenómeno ha sido producido en la onagra biánua, después de no pocos tanteos y fracasos. Esta planta fué objeto de estudios particulares, de 1886 á 1900, en el Jardín botánico de Amsterdam. En 1887 se obtuvo una nueva especie, dos en 1888, y en 1900, se produjeron 800 individuos, pertenecientes á siete especies nuevas sobre una cantidad de 50.000 plantas obtenidas por semilla.

Conviene tener presente que esta evolución se ha producido en condiciones altamente artificiales, que jamás coinciden en el curso habitual de la evolución natural; pero esas investigaciones y sus consecuencias, enseñan que las variaciones en el reino vegetal, si no en el reino animal, han podido ser en ciertos casos espontáneas, y además que la evolución de las especies es un procedimiento complejo que nos es aún imperfectamente conocido.

Carida del Marmol.

LA REVISTA BLANCA

SE PUBLICA LOS DÍAS 1.º Y 15 DE CADA MES

Precios de suscripción... { Un año..... 5,00 ptas.
Un trimestre..... 1,50 —

Número suelto, **25** céntimos,

CON 25 POR 100 DE DESCUENTO A LOS CORRESPONSALES

ADMINISTRACION

Cristóbal Bordú, núm. 1. MADRID

TIERRA Y LIBERTAD

DIARIO ANTIPOLITICO

Número suelto, **5** céntimos.

Paquete de 25 ejemplares, **0,75** pesetas.

REDACCION

Cristóbal Bordú, núm. 1. MADRID